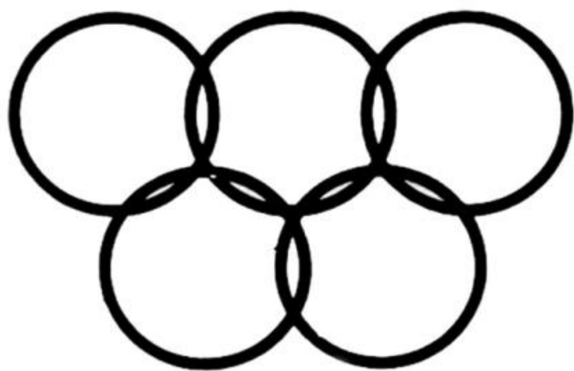


EL TRASPASO

Alex Simmons



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ALEX SIMMONS

EL TRASPASO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 1
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5

Depósito legal: B. 10.925-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

Para la comprensión del partido fundamental, he aquí la alineación de los dos equipos.

SOTTORELLO F. C.

NICOLO
MICHALANGELO
DOMENICO
ALIOTTI
FERAZI
CAMPANO
MARTINO
EDMONDO
TONIO
LEONE
GRAZIANO

FLAMÍGERO C, de F.

CARLO
AMICI
SORINO
TREVISI
FERDINANDO
BEPPO
ENMANUELE
LUIGI
ZELLO
TOMASSO
LORINO

PRIMERA PARTE

CUANDO LOS PIES DE ACERO…

No hay nada alto que no necesite una sólida base para sostenerse. Para un deportista de verdad, que siente y ama el deporte, la base es su honradez como practicante del deporte que sea, su fe en sí mismo, su falta de vanidad y la ausencia de esa sucia ambición que se concreta en ganar más y más dinero… Si olvida todo eso… su base, sus maravillosos PIES DE ACERO… se convierten en PIES DE BARRO…

CAPÍTULO PRIMERO

—¡¡¡GOO... OOOOOL!!!!

La mano de Enrico Portorelli, presidente del Sottorello, apretó con tanta fuerza el brazo del doctor Vittore, que estaba a su lado, que este lanzó un sordo gemido, seguido de una exclamación de decepción, al ver que el esférico había pasado rozando el poste derecho de la portería del Nápoles.

—*Santa Madonna* —exclamó el boticario—. ¡Hubiese jurado que el balón iba directamente a las mallas!

—Ha sido una lástima —suspiró el doctor—. Ese muchacho es una verdadera maravilla, pero de poco le sirve. ¡Cielos! Los del Nápoles nos han metido ya seis tantos...

La cara de Enrico se puso blanca como el papel.

—¡No me lo recuerde, *dottore*! Esta derrota va a acabar con la poca salud que tengo. Mientras se sacaba un córner, Adriano se volvió hacia el boticario.

—Pero, Enrico, ¿qué diablos le pasa a nuestro equipo?

Portorelli lanzó un nuevo suspiro.

—¡Qué va a pasarle, amigo Vittore! Todos los jugadores proceden de la cantera local. No tenemos dinero para comprar jugadores. No somos el Inter ni el Roma... ¡No lo olvide usted!

—Pero, ese chico...

—¿Tonio Virelli? ¡Una maravilla! Lleva el fútbol en la sangre. Es un jugador nato, un verdadero genio. Pero, *caro amico*, ¿qué quiere que haga en el campo, si es como si es— tuviese solo ante los once jugadores del Nápoles?

—Ha estado a punto de marcar un gol, hace unos instantes.

—¡No me lo recuerde! Si el delantero centro le hubiese ayudado un poco, pasándole el esférico con mayor justeza... ¡hubiésemos marcado el gol de la honra!

—¡El gol de la honra! —rezongó el médico—. No hay nada que hacer, mí querido don Enrico. Jamás saldremos de tercera regional. Es nuestra fatalidad...

—¡Espere! Ahora atacan ellos... fíjese en el extremo izquierdo del Nápoles... ¡Cuidado, muchachos! ¡Maldita sea! Ha doblado al defensa... está solo ante la puerta... ¡No lo permitas, Dios mío! Ayyyyy...

—¡GOL!

El médico movió la cabeza de un lado para otro.

—No hay remedio. Una verdadera goleada... ¡Siete a cero!

Furioso, don Enrico se volvió hacia el que había gritado «gol», un hombre gordo situado en el asiento de detrás del suyo.

—¿Qué gol? ¿Qué gol? ¡Si ha sido un penalti como una casa... ¿Es que no ha visto la mano de ese interior? Por un poco más, se queda con la pelota pegada a los dedos...

—El árbitro ha concedido el tanto —dijo el gordo.

—¡No me hable de ese árbitro! Me pregunto lo que le han pagado ustedes... ¡Es un vendido!

—¡El vendido será usted!

Adriano obligó a su amigo a sentarse.

—Cálmate, Enrico, o acabarás con un infarto.

—¡Pero si ha tocado la pelota con la mano!

—Déjalo, Portorelli. Ya no hay remedio. Mira, los nuestros sacan del centro.

—*Mio Dio*! No quedan más que tres minutos para que el encuentro termine... y nos quedaremos con el marcador a cero...

—¡Mire!

Un rugido gigantesco salía de los graderíos.

Amigos y enemigos, partidarios del equipo local y forofos del Nápoles, que habían ido en gran número, gritaban con el mismo entusiasmo.

—¡Cielos!

—¡No es posible!

Habiendo recogido el esférico en el centro del terreno, Tonio Virelli, completamente solo, avanzaba como una flecha hacia la portería contraria.

Uno tras otro, fue burlando a los adversarios que intentaban quitarle el balón.

—¡Es increíble!

—¡Formidable!

Con los ojos fuera de las órbitas, los 23.000 espectadores que

llenaban el pequeño campo del Sottorello, seguían la magistral singladura del joven jugador.

—¡Cuidado!

Uno de los medios del Nápoles, un verdadero coloso, dio un empujón a Tonio, que estuvo a punto de derribarle.

—¡Falta! —gritó el boticario.

—¡Bestia! ¡Animal! —rugió el médico.

Pero, en última instancia, Tonio consiguió no solamente recuperar el equilibrio, sino que siguió con el balón, prosiguiendo su avance hacia el marco del Nápoles.

—¡Maravilloso!

La gente contenía el aliento.

Los dos defensas, el defensa medio había quedado ya atrás, se precipitaban ahora, dispuestos a cualquier cosa para impedir que Tonio se acercase más al área.

El portero se adelantaba también, dispuesto a tirarse a los pies del valiente delantero.

—¡Esos dos van a aplastarle! —gritó el farmacéutico.

Parecía inevitable, que Virelli, que iba a ser cogido en sándwich entre losados defensas, terminara derribado, y aunque el árbitro pitase falta, estaba aún lejos del área y, con toda seguridad, el portero adverso pararía el disparo.

—¡Por la *Santa Madonna*! —rezó Enrico juntando las manos. Los dos defensas coincidían ya sobre su débil presa.

Y entonces...

* * *

Saliendo de su mansión de la Colina Venera, Luigi Domenico Santino descendió pausadamente la amplia escalinata de mármol, seguido de cerca por un hombre pequeño, de aspecto insignificante, completamente calvo, menudo y nervioso como un pedazo de azogue.

Formando un paréntesis, a ambos lados de los dos personajes, los hombres de la guardia personal de Santino, sus guardaespaldas, alzaban el muro de sus altas estaturas, de sus fornidos cuerpos.

Todos ellos iban vestidos de una manera semejante, con trajes azul marino, corbatas negras y zapatos acharolados; pero, bajo las

americanas cruzadas, se notaba perfectamente el abultamiento de las armas, a pesar de la perfección del *holster* o sobaquera, especialmente fabricados en Chicago para los hombres de la banda de Santino.

El Don más poderoso de toda la Italia meridional, desde Nápoles hasta Sicilia.

Todavía le llamaba la gente II Americano, porque había pasado quince años en Estados Unidos, de los que nueve tuvo que convertirse en huésped forzoso de la prisión de Sing-Sing. Gracias a los poderosos apoyos de las «familias» americanas, Santiago consiguió librarse de la cadena perpetua, pero considerando que el país de los yanquis no parecía ser muy beneficioso para su salud, y aún peor para su libertad, regresó a su patria.

Santino era un hombre alto, de rostro amargado, un poco a lo Bogart de los tiempos de «malo». Tenía una mirada entre burlona y dura y no sonreía jamás, ya que al hacerlo no conseguía más que una mueca desagradable se dibujase en sus finos labios.

El hombre que le acompañaba como su propia sombra era Fiorello, *il conseglieri*, el consejero, la masa gris del Padrone, un hombre astuto como un zorro, cruel como una rata hambrienta, capaz, si en ello veía la posibilidad de un negocio, de vender a su propia madre.

Enfundado en su traje, de los muchos que tenía y que le eran enviados desde Londres, viniendo a veces un sastre especializado a tomarle las medidas a su finca, el Don tenía el aspecto que él deseaba tener, orgullo de su riqueza y de su poder, con una mentalidad de señor feudal que se complicase en saberse dueño absoluto de vidas y de haciendas.

Así era, en realidad…

Nunca, hasta entonces, había poseído la mafia un poder de tan ilimitada dimensión. Especialmente en el asunto de las drogas.

Por las drogas, además de por la prostitución —aunque el primer «negocio» fuera para Santino mucho más lucrativo que el segundo—, había ido a dar con sus huesos a Sing-Sing.

Y ahora, habiendo escapado por los pelos a una condena mayor, gracias a la influencia de la poderosa mafia americana, Luigi seguía ocupando un lugar prominente entre los eslabones que, procedentes de Oriente, pasaban por Italia para ir luego a Marsella y,

finalmente, hacia el mejor mercado del mundo, al país donde los drogadictas eran más numerosos que en ninguna otra parte del globo: Estados Unidos de Norteamérica.

Se volvió Santino hacia el consejero, mientras seguían la senda que conducía a la plazoleta, con una monumental fuente en el centro, donde esperaban los tres imponentes Cadillacs: dos negros para los guardaespaldas del Don, y el suyo propio, de color plateado, con el chófer uniformado ante la ¡portezuela ya abierta.

—Hubiese preferido nadar un poco esta mañana, Fiorello. Anoche me fatigó bastante esa interminable partida de póquer que jugamos... Espero, por tu bien, que no me hagas perder el tiempo.

—¿Desde cuándo le he hecho perder el tiempo, Don? —inquirió el calvo con su característica voz dulzona.

Era una voz insinuante, babosa, como la de un prestamista que intenta convencer a su desdichado cliente que un cincuenta por ciento de intereses es la cosa más razonable y humanitaria del mundo.

—¿Qué diablos puede importarme un partido de fútbol en este asqueroso pueblucho? —inquirió Santino con una mayor irritación en la voz.

—No es un partido, Don; es un jugador.

Estaban llegando al coche.

Santino entró el primero, echando una rápida mirada a la mujer que, sentada ya en el interior, le dirigió una sonrisa meliflua.

—*Bon giorno, caro mio*!

Santiago se dejó besar en la mejilla, sentándose para volverse de nuevo hacia el consejero, que acababa de sentarse a su izquierda.

—Estabas hablando de un jugador, consejero.

—Un muchacho formidable.

El coche se puso en marcha, precedido por uno de los Cadillacs negros y seguido por el segundo.

—¿Cómo se llama?

—Tonio Virelli.

—¿Quién es?

Fiorello frunció el ceño, lo que hizo que su frente lisa y parte de su calva se cubriesen de surcos profundos.

—Tonio Virelli, hijo de Filippo y de Virna. El padre murió de pulmonía hace siete años. El muchacho trabaja en la tienda de

electrodomésticos de Pietro Loretti.

Santino se encogió de hombros.

—Todo eso me importa un bledo —rezongó—. ¿En qué puede interesarnos ese Mirelli?

—Virelli —rectificó Fiorello—. Ya le he dicho que es algo excepcional, un jugador que puede llegar adonde se lo proponga, un as, algo único...

La rubia, que había seguido con visible interés la conversación, lanzó un suspiro, y sin poderse contener preguntó:

—¿Es guapo?

La mano derecha de Santino salió disparada como un rayo, estrellándose contra la boca de la chica, que ahogó un grito, antes de llevarse la mano a los labios que empezaban a sangrar.

Santino la fulminó con la mirada.

—¡Zorra! —gruñó—. Para ti, no hay más hombre que yo, a menos que quieras volver al burdel de Marsella de donde tuve la equivocación de sacarte.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—¡Perdóname, amor mío! Fue una broma... ¡Soy una estúpida!

—Píntate la boca y ciérrala.

* * *

Parecía imposible que el joven delantero pudiera escapar al doble golpe de los dos defensas, en cuyos rostros se leía ya una expresión de triunfo.

Para ellos, como para el resto del equipo del Nápoles, lo importante no era solo la goleada conseguida sobre aquel equipo de paletos, sino impedir que su puerta fuese batida una sola vez.

La gente se puso en pie.

Incluso los partidarios del equipo visitante, que sabían ya que la victoria era de sus colores, se sintieron arrastrar por la emoción de lo que estaba ocurriendo en el césped.

Virelli, que había burlado a cinco adversarios, reclamaba la atención general, y era, sobre el verde, como un joven dios dotado de poderes especiales, como si sus pies mágicos estuviesen perennemente pegados al esférico.

—¡¡¡OHHHHH!!!

Era el momento cumbre.

Por ambos lados, como dos tanques, avanzaban hacia él los defensas, mientras que frente a él, dispuesto a todo, el guardameta del Nápoles corría ya dispuesto a tirarse a los pies del delantero centro del Sottorello.

Era prácticamente imposible que Tonio consiguiese sus propósitos. Siguiendo la jugada, el árbitro echaba constantes ojeadas a su reloj, dispuesto a pitar el final del encuentro de un momento a otro.

Y entonces...

Virelli se detuvo, pisando el balón.

Lo hizo en el instante preciso en el que las dos locomotoras, los dos defensas, se le echaban encima.

Ninguno de los dos hombres pudo frenar el tremendo impulso que llevaban. Y chocaron, con tanta violencia, que se desplomaron como dos colosos de piedra que hubiesen recibido el impulso directo de un cañonazo.

—¡¡¡OHHHH...!!! —rugió la multitud con el alma en un hilo.

Tonio giró hacia la derecha para evitar la doble masa de carne que formaban los cuerpos de los dos defensas.

Solo quedaba el guardameta.

El portero del Nápoles era un hombre estupendo, y lo había demostrado, a lo largo del encuentro, parando implacablemente la media docena de disparos que amenazaron su marco.

Todavía ahora, a pesar de la impresionante jugada que el jugador contrario estaba realizando, tenía la esperanza de evitar el tanto.

Había visto jugar a Tonio, y sabía que era, sin duda, el mejor de los once del Sottorello. Además, viéndole actuar, se dio cuenta de la limpieza de su juego y de su indudable nobleza.

No temía, por lo tanto, recibir una patada cuando se lanzase a los pies de Virelli. Y esto le daba arrestos para quitar le el esférico de los pies sin recibir mayor daño.

Confiando en todo esto, se lanzó de una manera impresionante.

Fue como una flecha que nada ni nadie podía detener. Sus manos enguantadas se abrían ya con la seguridad de apoderarse del esférico.

Todo el mundo sabía que Tonio sería incapaz de hacer daño al

valiente guardameta, como todo el mundo estaba seguro de que la maravillosa jugada individual del muchacho acabaría en un fiasco ante la puerta del Nápoles, dejando el marcador en un abrumador siete a cero.

Y entonces…

Era el «entonces» sorprendente de Tonio; su maravillosa cualidad de cambiar el curso de las cosas con una limpieza que encogía el corazón de los espectadores.

Cuando el cuerpo del guardameta surcaba el espacio, y en el último instante, Tonio se movió hacia la derecha, lanzando el balón hacia la izquierda, como si abandonase toda idea de marcar; pero el esférico —como la bola de un campeón de billar—, empujado por un efecto especial, describió un arco, escapando a las manos del portero para ir al encuentro de la bota izquierda del delantero centro del Sottorello.

No fue un chut espectacular, ya que Tonio se limitó a empujar el balón, que penetró dulcemente, elegantemente, pausadamente, entre las cepas de la portería contraria.

—¡¡¡GOOOOOOOL!!!

Los graderíos se venían abajo.

Locales y visitantes, movidos por la misma sana emoción deportiva, gritaban como locos, gesticulaban como dementes, vociferaban como posesos.

Por grupos, algunos hinchas saltaron al césped, corriendo hacia el joven jugador al que, por la fuerza, como a un matador famoso, subieron en hombros.

En la tribuna de primera clase, Fiorello se volvió hacia Santino.

—¿Tenía yo razón, Don? ¿No merecía la pena venir?

—Es cierto, consejero.

Sin decir nada, con el rostro muy serio, la rubia miraba al joven triunfador con los ojos brillantes como ascuas.

CAPÍTULO II

—*Mamma*!

Virna Virelli apretó con fuerza el cuerpo de su hijo.

—Estoy orgullosa de ti *figlio*.

—¿De veras, mamá?

—He estado pegada a la radio durante todo el partido, pero los últimos instantes... creía que iba a desmayarme, Tonio.

—Voy a cambiarme. Tengo que ir a por Gina a las cinco.

—Comerás antes, ¿verdad?

—¡Desde luego! ¡Tengo un hambre de caníbal!

—Tienes aspecto de estar muy cansado, hijo mío. Trabajas todo el día, y —pasas las tardes y parte de las noches en el campo de entrenamiento. Te has quedado muy delgado. Yo quisiera alimentarte mejor... pero las buenas cosas están tan caras...

Tonio se inclinó, besando la frente de la mujer.

—¡No digas tonterías, *mamma*! Me estás hinchando... y me pondré tan gordo que no me dejarán alinearme más.

—Voy a hacerte la pasta. Hoy, como todos los domingos, hay un buen pedazo de carne para ti y tarta de manzana.

—¡Eres un sol, madre!

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta. Madre e hijo se miraron, frunciendo el ceño al unísono.

—¿Quién puede ser?

Tonio sonrió.

—Algún amigo o puede que sea nuestro presidente, el señor Portorelli...

—Tu futuro suegro... —suspiró la señora Virelli con un cierto tono de tristeza en la voz.

—¡No digas eso, mamá! Ya sabes que Gina y yo nos quedaremos a vivir contigo. ¡Anda, haz el favor de abrir! Y que espere quien sea. Voy a ducharme otra vez... y me cambiaré para comer.

—*Va bene*!

* * *

Sentada ante la *coiffeuse* de su elegante dormitorio, Françoise se miró largamente en el espejo, contemplando con dolor sus labios hinchados.

Lentas lágrimas corrieron, como redondas gotas brillantes, por sus mejillas.

La dureza de las palabras que Santino había pronunciado en el coche le dolían mucho más que el golpe que aquel salvaje le propinó en la boca.

¡Maldito embustero!

Nunca había estado en un burdel, ni jamás le pasó por la imaginación vender su cuerpo, aunque hubiera tenido que morirse de hambre. Nacida en París, hija de una familia humilde —su padre trabajaba como tornero en la fábrica de automóviles Citroën—, soñó siempre con ser artista, y descubriendo, ya de muy pequeña, poseer una voz potente y linda, estudió en la escuela de canto de la capital francesa, hasta que un accidente de trabajo hizo que Pierre Levain, su padre, se convirtiera en un pobre inútil, cobrando una pensión tan exigua, que obligó a Françoise a ponerse a trabajar, dejando a un lado sus aspiraciones artísticas.

La suerte, sin embargo, le favoreció, y dos años después de haber empezado a trabajar como vendedora en los célebres almacenes parisinos de La Samaritaine, intervino en un concurso de TV, en el que demostró sus magníficas dotes de cantante. Todo parecía ir a pedir de boca, pero Françoise no tardó en descubrir todo lo sucio que había tras aquellos con cursos, y al comprobar que lo que los «directores» deseaban era su cuerpo, como derecho a pagar para conseguir contratos, abandonó nuevamente sus pretensiones.

Desgraciadamente, su puesto de trabajo estaba ya ocupado por otra joven, y Françoise hubo de buscar otra manera de ganarse la vida.

Dejando de lado las facultades de su voz, se dedicó a la canción ligera, obteniendo un primer contrato en un elegante local de Marsella.

Allí, para su desgracia, conoció a, Luigi Domenico Santino.

* * *

—Buenos días, señora Virelli.

Virna se quedó sin habla.

Como todos los habitantes de la pequeña localidad de Sottorello, conocía la presencia del poderoso Padrone, dueño de la enorme finca ubicada en los alrededores del pueblo, y como todos ellos, había tenido la oportunidad de ver al hombre que ahora estaba ante ella, el consejero Fiorello, tan temido casi como su dueño y señor.

—Buenos días.

—¿Está su hijo en casa?

—Sí... pero está duchándose... íbamos a comer...

—No importa. Quiero hablar ahora mismo con él.

Se hizo la mujer a un lado, y el calvo penetró en el humilde comedor, echando una ojeada de desprecio al viejo y gastado mobiliario.

—Vaya a avisarle, *signora*. Dígale que don Salvatore Fiorello está aquí... y que tengo mucha prisa.

—Enseguida.

Momentos después, envuelto en un albornoz, con los cabellos aún mojados, Tonio penetraba en el comedor, miran de interrogativamente al hombrecillo, al que también conocía, más de fama que de otra cosa.

—¡Hola, muchacho! —sonrió el calvo—. ¡Mis felicitaciones! Hoy nos has proporcionado un espectáculo inolvidable.

—*Molte grazie*!

—*Il signore* Santino desea verte. Puedo decirte que le has emocionado y quiere hablar contigo.

—Iré a verle en cuanto pueda.

El calvo frunció el ceño.

—Ha de ser ahora mismo, muchacho.

—Lo siento. Mi madre ha preparado la comida. Además, he de ir luego en busca de mi prometida.

—No sé si al Don le gustará saber que no acudes a una cita que puede serte altamente beneficiosa...

—Lo lamento de veras, *signore*. Pero por nada del mundo dejaría de comer con mi madre ni ir en busca de mi novia...

Fiorello reflexionó unos instantes; luego, su cara de rata se

iluminó, dejando que sus labios dibujasen una amplia sonrisa.

—*Va bene*! Hay que comprender a los jóvenes enamorados. Y a los buenos hijos... Pero esta noche, a eso de las diez, mandaremos un coche a recogerte aquí, a tu casa... y espero que no hagas esperar al Padrone. Creo que me explico bien, ¿no?

—Muy bien. Estaré esperando a las diez.

—¡Maravilloso! Buenos días, *signora*... ¡y buen provecho!

Acompañó la mujer al visitante, regresando luego al comedor. Miró intensamente a su hijo, con un vago temor pintado en sus ojos.

—¿Has hecho algo malo, hijo? —le preguntó, ansiosa.

Tonio se echó a reír, aunque su risa era un tanto forzada.

—¡Qué cosas dices, madre!

—¿No te parece extraño que el Don desee verte? ¿Para qué querrá que vayas a su casa?

—No lo sé.

—Esa gente es muy peligrosa, hijo mío. No quisiera que te mezclases con ella...

—No temas nada, *mamma*. Seguro que desea felicitarme. Anda... prepara la mesa... ¡Me estoy cayendo de hambre!

* * *

—¡Pasa, muchacho! ¡Aquí está nuestro héroe!

Tonio penetró en la rebotica, frunciendo el ceño al comprobar que además de Enrico, el padre de Gina, estaba allí, en pleno, la directiva del Sottorello.

—*Avanti, campione*!

Todo el mundo se precipitó hacia él, estrechándole la mano o abrazándole. Brillaba en todos los ojos el orgullo de aquel gol que, sin significar una victoria, había quitado el amargo sabor de boca que deja una goleada implacable.

Había, sobre la mesa, algunas botellas de champaña y copas, así como bandejas de pastelillos.

—¿Y Gina? —preguntó el muchacho.

—Ahora mismo bajará —dijo el padre—. Está vistiéndose... ¡Ha sido un gol de campeonato, colosal!

—Hemos perdido, señor Portorelli.

—¡No importa! Era un partido amistoso. Nosotros no tenemos ni

la categoría ni el dinero del Nápoles, pero les hemos demostrado que Tomassini, su famoso guardameta, no es tan imbatible como se decía.

—Fue un gol de suerte.

—No digas eso. ¡Fue un gol fenomenal! ¿Y sabes una cosa?

—No.

—¡Imagina un poco cómo estará la directiva del Flamígero! Yo los vi, en los graderíos, gozando como locos al ver cómo íbamos encajando los goles del Nápoles. ¡Lo pasaban de miedo! Estaban todos: el presidente, el secretario, el entrenador... y se les hacía la boca agua al pensar que los nuestros eran incapaces de marcar un solo gol.

Lanzó un suspiro.

—Debían estar pensando que el próximo domingo nos iban a hacer la misma trastada. Ya sabes que el Flamígero va en cabeza y nosotros los segundos en nuestra categoría. Si nos vencen el domingo, se acabaron nuestras posibilidades de ascenso...

—Lo sé.

—Por eso, muchacho, tu gol es mucho más importante de lo que aparentemente parece. El domingo, los del Flamígero, tendrán muchas menos ilusiones... y con un poco de suerte...

Tonio sonrió.

—Eso es cierto, señor. Suerte... ¡Es lo que vamos a necesitar más que nada!

—Suerte, de acuerdo, pero también tu empuje... Todos deseamos que el equipo se entrene cada mañana...

—Pero mi trabajo en la casa del señor Loretti...

—Ya hablaremos con él y con los patronos de todos los demás chicos del equipo. ¡Tenemos que ascender! El honor del Sottorello está en juego. ¡Brindemos!

—¡Brindemos!

—¡Por la victoria del domingo!

* * *

En el amplio y lujoso comedor de la finca de Santino, la enorme mesa parecía vacía con sus tres únicos ocupantes. De un lado, el Padrone, vestido de etiqueta; en el extremo opuesto, Françoise,

luciendo un hermoso vestido de noche, pero luchando por ocultar la tristeza que enarbolaba su hermoso rostro. Y en la zona central, Fiorello, cuya calva reflejaba las profusas luces de la tremenda lámpara que pendía del techo.

Martino, el mayordomo, vigilaba el ir y venir de los criados que servían en completo silencio.

Santino arrancó de la bandeja de hielo una *tartine* untada con mantequilla, sobre la que el caviar ponía puntos oscuros, pero antes de llevárselo a la boca preguntó:

—¿Crees que resistirá, Fiorello?

El consejero alzó la cabeza.

—Creo que sí.

—¿Qué te dijo Romain?

—Que llegaría mañana por la mañana.

—Me refiero a ese chico.

—Es fuerte, Padrone. Y joven.

—Y testarudo, según lo que me contaste.

Salvatore se encogió levemente de hombros.

—Todos estos bestias del pueblo lo son, pero hay muchas maneras de convencerles.

Santino mordisqueó levemente la *tartine*.

—Me gustaría preparar el asunto para el domingo que viene.

—No veo inconveniente, Don.

—¿Con quién juegan esos idiotas?

—Contra el Flamígero. Es un partido importante. Se jugará en Nápoles, ya que del resultado se decidirá el ascenso.

—Tendrás que convocar a los directivos de los mejores equipos.

—Lo haré. Especialmente al Inter y al Roma.

—¿Cuánto crees que podremos pedir?

—Lo que queramos... si el doctor Romain no se equivoca.

Santino le fulminó con la mirada.

—¡Claude no se equivoca nunca! —rugió—. ¿Por qué dices esas idioteces? Romain prepara la «nieve» desde hace diez años... y es el mejor químico que jamás conocí. En los States, nuestra mercancía es la mejor y la que se paga más cara... *No è certo*?

—Lo es.

—Entonces, ¿cómo te atreves a dudar de Claude?

Fiorello palideció un tanto.

—No lo he criticado ni dudo de él, Padrone. Pero, cuando hablé con el doctor en Marsella… de este asunto de sus «estimulinas», me confesó no haberlas ensayado más que en animales de laboratorio.

—¿Y qué diferencia hay entre uno de esos animales y esa bestia de Tonio?

—Era solo una observación, Don…

—¡Imbécil!

Y tras una pausa:

—¿Mandaste el coche a ese chico? Son ya las diez y diez…

—Deben estar al caer…

Justo en aquel instante, la dulce campanilla de la puerta de entrada emitió su pequeña sonata de llamada.

CAPÍTULO III

—Entonces, ¿ordeno que le preparen las maletas, doctor?

Claude no contestó enseguida. Sentado en el sillón, iba pulsando el botón del proyector de diapositivas que lanzaba sobre la pantalla diversas fotos tomadas en un campo de entrenamiento, sin que una sola de ellas dejara de reproducir la imagen de Tonio Virelli.

Salvatore le había ido enviando, desde hacía semanas, aquellas excelentes fotos, que Claude Romain había visionado docenas de veces.

—*Docteur*… —insistió la muchacha que estaba sentada a su lado.

Instintivamente, Claude le puso la mano sobre el muslo, palpando con hábiles dedos la carne dura que no se apartó a su caricia.

—*Un petit instant, ma chérie*… Un momento, preciosa. Deja que vea esto… Decididamente, ese «consejero» vale su peso en oro.

—¿Se refiere usted a ese hombrecillo calvo y viscoso?

Claude se echó a reír.

—Te equivocas, impelida por tus apreciaciones estéticas, mí querida Ivette. Vosotras, las mujeres, nacéis con unas gafas que no os dejan ver más que la belleza física. Y no es eso todo en esta vida, ni muchísimo menos…

—*Mais, docteur, vous*…

—¡Deja de llamarme de usted cuando estemos solos, tonta! Hace dos años que somos amantes, ¿verdad?

—Sí…

—¿Y… cómo me consideras como hombre?

—Hermoso —repuso ella con una intensa luz en los ojos—, atractivo, viril…

—¿Nada más?

—E inteligente. Muy inteligente.

—Eso es lo que cuenta, pequeña. En este mundo, la inteligencia, asociada a la astucia, proporciona la única cosa que da valor a los humanos: el dinero.

Ella sonrió.

—Claude, amor mío…

—¡Fíjate en ese muchacho! Se llama Tonio. Y muchas mujeres al verle, pensarán que es muy atractivo. Porque lo es, ¿verdad?

—Sí.

—Otras personas, los que le ven jugar, no piensan en que sea guapo o feo, sino en lo maravillosamente que juega. ¿Lo vas entendiendo?

—Un poco.

—¡Qué boba eres! Para una chica, ese muchacho es atractivo, para un aficionado, es un as del fútbol; para el consejero Fiorello es, sencillamente, una maravillosa inversión.

—¿Una… inversión?

—Sí. Ese Fiorello es formidable. Estuvo estudiando al muchacho, vino a verme, me proporcionó estas magníficas diapositivas tomadas durante los entrenamientos… porque sabía que yo estaba trabajando en las «estimulinas».

—¿Esas inyecciones que damos a los conejos?

Claude no contestó. Al menos en voz alta.

«Cielos… —pensó empero—. Si no fueras tan hermosa y tan hábil amante, ¡te enviaría ahora mismo a freír espárragos! ¡Pobre estúpida!». Y en voz alta:

—Sí, querida. Esas inyecciones que van a convertir a ese joven en la maravilla número uno del fútbol mundial.

—¿Es posible?

Ahora fue el médico quien entró en contacto con la realidad, y tras apagar el aparato, se volvió hacia la muchacha.

—Antes me querías decir que tenemos el tiempo justo, ¿verdad?

—Sí. El avión debe estar esperando.

—Bien. Prepara un poco de equipaje… algo para una semana… para los dos, naturalmente.

—¡Eres un ángel al llevarme contigo, Claude!

—Gracias, pero no olvides que en casa del Padrone, soy el doctor Romain, y que debes evitar tutearme, ¿entendido?

—Perfectamente.

—Dormiremos en habitaciones separadas.

—Lo sé, pero luego… Claude se echó a reír.

—No temas, pequeña. Tú sí que eres para mí una verdadera

«estimulina».

* * *

—¡Françoise!

La muchacha alzó su triste cara.

—*Sí, amore*?

—¡Lárgate!

—*Va bene*!

Se puso en pie, dejando la servilleta sobre el plato vacío. Al pasar tras el consejero, inclinó levemente la cabeza.

—Buenas noches, *signore* Fiorello.

—Buenas noches, *signorina*.

Llegó junto a Santino, al que besó en la mejilla. Justo en aquel instante, el mayordomo, que había salido del comedor, abrió la puerta del fondo y con voz vibrante anunció:

—*Il signore Virelli, Padrone*!

—Hazle pasar.

Françoise subió velozmente los peldaños de la escalera; pero, al llegar al rellano, justo donde se alzaba la alta columna y donde empezaba la zona de penumbra, se ocultó, mirando desde detrás de la balaustrada hacia el comedor profusamente iluminado.

El visitante había entrado en la gran sala.

Sin saber exactamente por qué, Françoise se sintió inmediatamente atraída por aquel joven que, un tanto embarazado, avanzaba hacia el lugar que el Don ocupaba.

No se fijó demasiado Françoise en el aspecto físico del muchacho, concentrando toda su atención en la dulce expresión de su rostro y, muy especialmente, en sus ojos claros en lo que le pareció descubrir una gran bondad y una lealtad sin límites.

Santino no se había movido de su asiento, limitándose a hacer un gesto para que el visitante se acercase a él.

—Así… que tú eres ese campeón que vimos esta mañana, ¿no?

—Soy Tonio Virelli, *signore*. Un jugador más del Sottorello.

—Muy modesto… —sonrió el Don.

Y tras un corto silencio, sin dejar de observar al joven como el dueño de una yeguada mira a un garañón, inquirió:

—¿Has cenado?

—Sí. Siempre como y ceno con mi madre, excepto cuando el equipo juega fuera de casa.

—¿Quieres tomar algo?

—No, muchas gracias. Usted sabe que no debemos beber. Además, el *signore* Adriano, nuestro entrenador, es muy estricto a este respecto.

—Me han dicho que trabajas en el establecimiento de Pietro Loretti, ¿no es así?

—Sí, allí trabajo.

—¿De qué?

—Hago un poco de todo. A mí me gustaría estudiar electrónica, pero don Pietro se empeña en que esté tras el mostrador. Dice que si la gente sabe que soy yo quien despacha, viene con mayor frecuencia.

Santino dejó escapar una breve risita.

—Muy listo, ese Loretti... Pero, siéntate, muchacho. Tengo que hablar contigo.

—Gracias.

Tomó asiento, sin dejar de mirar al Padrone.

—Esta mañana —empezó diciendo Luigi Santino—, me has sorprendido. No cabe la menor duda de que eres un jugador de primera categoría... y que estás perdiendo lamentablemente el tiempo en ese equipo de paniaguados que no merece tener en sus filas a alguien como tú. ¿No te parece?

—Es usted muy amable, señor. Pero permita que le diga que no estoy de acuerdo con lo que usted ha dicho. Es probable que yo juegue un poco mejor que los demás, pero estoy orgulloso de pertenecer al Sottorello, el equipo de mi pueblo, donde nací, junto a hombres cuya ayuda y cariño jamás hubiera descubierto que sé jugar al fútbol.

—Eso es muy cierto, pero... sin dejar de amar a tu pueblo y a tu equipo, tú, como cualquier otro jugador, aspiras a llegar lo más lejos posible... *È certo*?

—Eso sí.

—Pues es como si ya estuvieses camino de la gloria, Tonio. Yo voy a convertirte en el fenómeno del fútbol italiano, en el jugador más cotizado de toda la península.

—Es usted muy generoso, señor.

—Pero, para que esto sea posible, tendré que ayudarte no solo con mi apoyo moral y mi cariño y entusiasmo. Como sabes, un jugador de tu categoría necesita a su lado a un técnico que le prepare de forma a que se convierta en una verdadera máquina de meter goles.

—También es verdad.

—He hecho llamar a un famoso médico francés para que vigile tu estado físico. Tendrás que pasar las tardes en mi casa, bajo la estricta vigilancia del doctor Romain, así se llama ese famoso médico. Por las mañanas, tal y como me han dicho, seguirás entrenando con tu equipo. Pero después del domingo… dejarás de pertenecer al Sottorello, ya que habremos conseguido traspasarte a un equipo de primera división.

Desde lo alto de la escalera, oculta en la sombra, Françoise seguía el desarrollo de aquella escena con atención reconcentrada.

Conocía, desdichadamente, demasiado a Santino para temblar por el futuro de aquel pobre chico, al que veía convertido en la mosca que acaba de caer en la tela tejida por una repugnante araña.

Tonio se puso en pie.

Estaba pálido, pero su rostro había adquirido una expresión de determinación irrevocable.

—No sabe usted, *signore* —dijo a Santino mirándole fijamente a los ojos—, el honor que me hace al preocuparse tan generosamente por mí porvenir, pero la vida me ha enseñado a hacer las cosas por mí mismo, a conseguirlo todo con mi propio esfuerzo.

Hizo una pausa; luego:

—Por otra parte, jamás traicionaría a aquellos a los que debo todo lo que soy. En primer lugar, a la directiva del Sottorello; luego a mí patrono que nunca me negó el permiso para ausentarme para los entrenamientos y gracias a cuyo salario puedo vivir honradamente al lado de mi madre…

Una nueva pausa, muy corta; después:

—Creo que todo está dicho, señor Santino. Con toda sinceridad, agradezco su interés. Ahora, con permiso, me voy… ¡Buenas noches!

Ni el Don ni el consejero pronunciaron una sola palabra.

Tonio salió del comedor.

En el rellano, detrás de la columna sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas.

* * *

Adriano, en aquella luminosa mañana del lunes, estaba rebosante de euforia.

Era el entrenador del Sottorello, y después del maravilloso gol conseguido por Tonio, le brillaban los ojos pensando en el encuentro del siguiente domingo.

Para proceder a una serie de tácticas de ataque, había organizado su equipo en punta —un tres dos—, colocando a los extremos, Martino y Graziano, con Tonio en el centro seguidos inmediatamente por los medios.

Delante del encerado, antes de iniciar el juego, con los jugadores sentados en el césped, como buenos alumnos, Adriano había explicado pacientemente su «estrategia».

—Veamos, muchachos. Después de haber asistido al partido del domingo pasado, el entrenador del Flamígero va a llevar a cabo un primer tiempo de ataque furioso, dispuesto a conseguir el mayor número de tantos en el primer período.

»Precisamente por eso, para reforzar nuestra defensa en los momentos de peligro, los dos medios, jugarán retrasados, para reforzar la línea defensiva ante los ataques del adversario.

»Pero, inmediatamente después de haber despejado la situación de peligro, Edmondo y Leone, los elementos del equipo, se adelantarán para ayudar a la delantera formada por el trío Martino, Tonio y Graziano. Así cuando nos acerquemos a la meta contraria, contaremos con cinco hombres, en dos escalones. Voy a deciros por qué han de ser dos escalones. Si alguno de los tres delanteros en punta, que lleve el balón lo pierde, los dos medios intentarán cortar el conato de avance contrario, devolviendo el balón a nuestros delanteros. Si por desgracia, no podemos parar el avance contrario, Edmondo y Leone volverán a reforzar la defensa... ¿Alguna pregunta?

—Creo que debería usted hablarnos un poco del defensa Flamígero.

—¿Te refieres a Tomasso?

—Sí.

El entrenador lanzó un suspiro.

—Ya sé que esa bestia es un verdadero problema. Más que a

fútbol, debería al rugby.

—¡Es una mula!

—Por poco deja lisiado para toda la vida a aquel delantero del Cagniolal.

—Sí, tendremos que tener cuidado con esa bestia humana, Graziano, que es el más fuerte de todos debería ocuparse de él, no despegándose de su lado en todo el juego.

—¡Lo haré con mucho gusto!

—Bien, chicos... ¡al campo!

* * *

—Así... que se ha negado, ¿no?

El consejero encendió nerviosamente un cigarrillo antes de contestar:

—*Porco bambino*! No puedes imaginarte, doctor, de qué humor está el Don.

—Me fastidiaría haber hecho el viaje en balde. Los ojos del calvo brillaron como ascuas.

—No lo has hecho. ¡Palabra de Salvatore Fiorello! Ese idiota no va a reírse de nosotros.

—¿Has tomado ya alguna medida?

—Tengo un plan en marcha. Hoy es lunes... y están entrenando en el campo del Sottorello. Todos los patronos de los chicos han concedido la mañana libre a los muchachos a los que emplean. El pueblo entero está pendiente del encuentro del domingo.

—Y nosotros también, ¿verdad?

—¡No me hables, Claude! Ayer tarde, seguro de que ese imbécil de Virelli aceptaría nuestro generoso ofrecimiento, hablé con Roma y con Milán, obteniendo que envíen a sus entrenadores y a algunos directivos para ver el partido del domingo, en Nápoles.

—¡Vaya fiasco!

—Sí. Una terrible metedura de pata. Pero las cosas no van a quedar así. Ese niño va a ver que no es sano desobedecer al Don.

—Estoy seguro de que le haréis pasar por el aro.

—Puedes estarlo.

—Además, si me lo dejas esta semana, haré de él un verdadero monstruo que dejará boquiabiertos a los del Inter y a los del Roma.

—Cuenta con ello… He visto a Ivette…

—¿Y qué? —se amoscó el otro.

—Eres un hombre de gusto. De muy buen gusto.

—Mi dinero me cuesta, Salvatore. Pero voy a prometerte algo. Si el asunto de este traspaso deja toda la «pasta» que imagino va a dejar… y el Don se muestra tan generoso como siempre… ¡te cedo a Ivette!

—¿De veras?

—Tienes mi palabra.

—Pues es como si ya la tuviese en la cama.

—¡Viejo zorro!

—Es una preciosidad de chica. Oye… ¿puedo saber por qué vas a deshacerte de ella de esa manera?

Romain se encogió de hombros.

—Para mí, consejero, las mujeres son como mis cobayas de laboratorio. Me gusta ensayar con ellas, pero cuando el experimento termina, hago con ellas como con los conejillos de Indias.

—¿Y qué haces con ellos?

—¡Los tiro a la basura!

CAPÍTULO IV

—¡Vamos, Graziano! ¡Pasa a Leone!

Adriano, el entrenador, corría por la línea, pendiente de la jugada que estaba dirigiendo.

—¡Ese balón ha de retroceder, Graziano! ¡Imagina que se te echa encima el bestia de Tomasso! ¡Atrás... con la cabeza!

Graziano, el interior, obedeció, dirigiendo la pelota a los pies de Leone, que le seguía de cerca.

Leone no perdió ni una fracción de segundo.

El balón no llegó a tocar el suelo, y Leone, bombeándolo por encima de la imaginaria barrera defensiva enemiga, lo puso materialmente a los pies de Tonio.

Tampoco el delantero centro dudó un solo instante.

Dejando que el balón rebotase, cogido a bote pronto, disparó su formidable izquierda, y el esférico salió de su bota como un proyectil del ánima del cañón.

Nicolo, el portero, se lanzó hacia el ángulo en una plancha impresionante, pero aunque las puntas de sus guantes rozaron el esférico, la violencia del disparo era tan grande, que no pudo desviarlo; es decir, ni siquiera lo intentó, ya que el balón le hubiese partido ambas manos.

—¡Gol!

Era el sexto que marcaba Tonio y el doceavo marcado por el equipo que se entrenaba con los suplentes, asistidos por algunos chicos de los juveniles.

Adriano estaba satisfecho.

No solo por el preciosismo del juego de Virelli, con el que contaba de antemano, sino porque el conjunto poseía una mayor cohesión, y que el entusiasmo había crecido, indudablemente desde el gol genial del último domingo.

—¡A las duchas!

Corrieron los muchachos hacia los vestuarios, mientras que Adriano, con una toalla anudada al cuello, se dirigía hacia el foso

desde el que presidente había seguido las incidencias del juego.

—¿Y bien, don Enrico? —inquirió el entrenador, dejándose caer junto al farmacéutico.

—¡Maravilloso!

—Tenemos un buen equipo, ¿verdad?

—Insuperable. Nunca había visto a los chicos jugar de esta manera. Y ese Tonio...

—A ese hay que darle de comer aparte.

—Es un verdadero genio.

Hubo un cierto silencio.

Adriano, desanudando la toalla, se secó el sudor que perlaba su rostro.

—Deberías ir a ducharte, tú también —le dijo Portorelli.

Adriano asintió con la cabeza, pero notó entonces que el rostro del boticario se había entristecido.

—¿Qué le ocurre, amigo mío?

Enrico lanzó un suspiro.

—Pensaba en Virelli.

—¿Y eso le entristece? ¡Pero si es una verdadera joya! Ese chico nos va a llenar el campo en cada encuentro.

—Por eso me entristezco, precisamente... porque es una joya.

—No le entiendo.

—Es muy sencillo. Puesto que es una joya, alguien acabará robándonosla.

Adriano soltó un juramento.

—¡A ver si hay alguien que se atreva! ¡Le partiré la crisma!

—Algún equipo importante conseguirá que lo traspasemos.

—Eso dependerá de nosotros.

—Y de Tonio.

—Sí, y de Tonio. Pero, don Enrico, ¿cómo puede tener usted tan poca confianza en ese muchacho? ¿No ama a su pueblo?

—Sí.

—¿No es un buen camarada de los demás miembros del equipo?

—Sí.

—Además, ¿no está enamorado de la hija de usted?

—Sí, pero...

—¡No hay peros que valgan! Ese chico no se moverá de las filas del Sottorello a no ser que alguien pase por encima de mi cadáver.

Enrico sonrió.
—Anda, ve a ducharte.
—Hasta ahora.
—Adiós.
Apenas había desaparecido Adriano por la puerta de los vestuarios, cuando una silueta minúscula, la figura de un hombre calvo, se acercó al foso, e inclinándose saludó:
—Buenos días, *signore*.
Enrico alzó la cabeza.
Poniéndose intensamente pálido, salió del foso sin contestar aún al saludo del consejero, lo que hizo una vez estuvo ante él, dominándole con su imponente estatura.
—Buenos días. ¿En qué puedo servirle?
—Oh... no deseaba molestarle en absoluto. He estado siguiendo el entrenamiento. ¿Sabe usted que ese Tonio es algo estupendo?
Enrico frunció el ceño. Hubiera dado cualquier cosa para que aquella miserable sabandija no tuviera tras él el apoyo formidable de la mafia, personificada en Santino.
¡Con qué ganas le hubiese roto los morros!
Pero tuvo que tragarse la saliva amarga que la presencia del consejero había puesto en su boca.
—Sí, es un buen jugador.
—¡Una maravilla! ¿Sabe usted, amigo mío, que conozco a alguien que estaría dispuesto a pagar hasta diez millones de liras por ese muchacho?
Un escalofrío corrió por la espalda del boticario.
Miró fijamente a Fiorello, recordando sus temores de momentos antes, cuando hablaba con Adriano.
—¡Tonio no está en venta!
—Es una pena —suspiró el otro. Y paseando una mirada por el campo—: Con ese dinero, podrían ustedes mejorar estas instalaciones deportivas y hasta adquirir algún jugador de segunda regional.
—Ya le he dicho, *signore*, que Virelli no está en venta.
—Lo comprendo... lo comprendo. No he querido molestarle. Además, siendo como va a ser su futuro yerno...
Enrico no pudo más.
Era un hombre que había cumplido los cincuenta, pero se

conservaba fuerte, siendo además mucho más alto que el consejero. Sin poderse contener, sus manos se posaron sobre los hombros de Fiorello.

—Escúchame bien, renacuajo… No sé si lo sabes, aunque supongo que un chico como tú lo sabe todo… asquerosa comadreja… pero tengo un hijo, casado, en Roma, un excelente abogado que va camino de ser fiscal. Ten mucho cuidado. Porque si te atreves a hacer una de tus sucias maniobras para llevarte a ese muchacho del Sottorello… ¡puede que te encuentres con la horma de tu zapato!

* * *

—¿Qué desean?

Obsequioso y sonriente, como todo buen comerciante, Pietro Loretti se dispuso a atender a los dos hombres y a la hermosa joven que acababan de entrar en su establecimiento de electrodomésticos.

Pero, sin contestar, la muchacha, tras pasear una mirada curiosa en derredor suyo, lanzó una exclamación de gozo, precipitándose hacia un televisor de línea audaz, casi cósmica, especie de raro satélite artificial, con sus largas antenas, sujeto al suelo por un atrevido pie de forma incurvada y de intenso color rojo que parecía la estela que se produce en el momento del lanzamiento.

—¡Oh! —exclamó, agregando luego, al tiempo que se volvía hacia los dos hombres—. *Ce n’est pas adorable*?

—¿Te gusta, preciosa? —inquirió uno de los hombres, el de mayor edad y el que iba vestido con mayor elegancia.

—*C’est une merveille*! —volvió a admirarse, en francés, la joven.

El hombre se volvió hacia el dueño del establecimiento, que seguía sonriendo.

—¿Cuánto vale?

La sonrisa se acentuó en los labios de Loretti.

—Es el mejor modelo que se fabrica en televisor de color, señor. Lleva mando a distancia. Pero si lo encuentra caro, puedo enseñarle otros mode…

—¿Cuánto?

La voz del hombre había cambiado de tono y, sin endurecerse, era cortante y fría como una cuchilla de afeitar.

—Un... un... millón de liras. Es de importación, *signore*. En caso de que verdaderamente le interese, podríamos realizar la operación con ciertas facilidades, no muchas...

Se calló.

Porque aquel distinguido caballero había sacado ya la abultada cartera y lanzaba, no sin un cierto desprecio, un fajo de billetes que sujetaba una goma.

—Ahí tiene el millón. Hágame un recibo y diga a uno de sus empleados que me lo embale. Nos lo llevamos ahora mismo.

—Enseguida, *signore* —dijo Pietro con los billetes en la mano—. No tengo más que un empleado. Y hoy, esta mañana, está entrenando. Es un famoso jugador de fútbol. Una futura estrella del balompié italiano...

—¡No me gusta el fútbol!

—Perdone... p*rego*... Voy a extenderle el recibo y yo mismo se lo embalaré...

Frotándose mentalmente las manos, gozoso de haber iniciado el día de forma tan agradable, Loretti se dirigió hacia el interior del establecimiento, empujando la puerta del cubículo donde tenía instalado su despacho.

Se quedó helado al ver que la puerta se cerraba sola tras él. Volviéndose, vio al otro hombre, al más joven y al vestido de forma más llamativa y vulgar, al que no había visto, por estar enfrascado con el cliente, penetrar en la trastienda.

—¿Qué... qué... significa esto? —inquirió pensando que se trataba de un asalto.

La mano izquierda del desconocido le cogió por el cuello, mientras que la otra abría, ante los ojos dilatados por el miedo de Loretti, una navaja a presión, cuya afilada y larga hoja brotó de las cachas como la lengua de una serpiente de la boca del ofidio.

—Nadie va a tocar ese dinero, puerco —le dijo el hombre—. Ni nos llevaremos un televisor. Hoy has hecho un buen negocio, maldito cerdo... Has ganado un millón tranquilamente...

Pietro miraba como hipnotizado la hoja de la navaja que se movía a pocos centímetros de su rostro.

—Pero escucha bien lo que vas a hacer. Cuando regrese ese idiota de empleado tuyo, ese Tonio Virelli, le dices que no vuelva más a trabajar, que está despedido.

Los ojos de aquel sujeto brillaban aún más fríamente que la navaja.

—Si no haces lo que te decimos, volveremos esta noche... y destrozaremos todo, antes de que, con esta navaja, empiece por cortarte las orejas. ¿Comprendido?

Pietro movió afirmativamente la cabeza.

Antes de que pudiese reaccionar, la punta del arma dibujó un surco corto en la mejilla derecha del tendero. Ya se había ido el hombre cuando Loretti sintió un brusco escozor en el rostro, desmayándose casi al tocarse la cara y ver que brotaba sangre de la mejilla.

Tardó cinco minutos en reaccionar.

Tenía el dinero en la otra mano, y empezó por guardarlo en la caja fuerte. Luego, temblando de miedo, secándose la sangre con un pañuelo, se dirigió, con paso cauteloso, hacia la tienda, a cuya puerta se asomó poco a poco.

Pero en el establecimiento no había nadie y, tal y como le había dicho el hombre joven, el hermoso y atrevido televisor seguía en su sitio.

* * *

—No debes preocuparte, *amore*.

Tonio sonrió tristemente.

—Eso es lo que tú dices, cariño. El señor Loretti, dentro de todo, se ha mostrado generoso y me ha dado un buen despido. Estaba tan nervioso que se ha cortado al afeitarse esta mañana.

—Pero ¿qué motivo te ha dado para prescindir de ti?

—Lo mal que van los negocios. Es un buen hombre. Tenía lágrimas en los ojos.

—Ya te he dicho que no debes preocuparte, amor mío. Buscaremos otro trabajo... Y sin querer ofenderte, papá puede ayudarte. Ya sabes que te quiere como a un hijo... como el hijo que pronto serás, cuando nos casemos.

Virelli se envaró.

—No, Gina. Yo soy un hombre; me comprendes, ¿verdad? Tengo a mí cargo a mí madre... y luego te tendré a ti, cuando seas mi esposa. No puedo permitir vivir a costa de nadie.

—Pero…

—No insistas, amor. Nada de lo que ocurra me separará de ti, a menos que tú lo desees…

—¡No digas esas cosas!

—Con el dinero que el señor Loretti me ha dado, puedo esperar hasta haber jugado el partido del próximo domingo. Luego buscaré algo y, si fuera necesario, me iría de Sottorello… a Nápoles, Roma o quizá hasta Milán.

—¿Y me dejarías sola?

—Solo por poco tiempo, Gina. Soy joven y fuerte. No tengo miedo al trabajo. Me emplearán enseguida, ganaré dinero, ahorraré… y nos casaremos en cuanto sea posible.

—*Santa Madonna*! ¡Qué infeliz voy a ser!

—No digas eso. Anda, Gina, dame un beso…

* * *

Enrico se despertó bruscamente, con la desagradable sensación de que algo malo estaba ocurriendo. Todavía, medio dormido, pero sentado en el lecho, no reaccionó más que al oír los golpes que alguien estaba propinando en el portal de la casa.

—¡Papá!

Era Gina quien llamaba a la puerta de su dormitorio.

Pero los otros golpes, mucho más violentos e insistentes, seguían llegando desde abajo.

—¡Un momento!

Saltó de la cama, poniéndose el batín que anudó con manos temblorosas.

Gina estaba en camisón, con el miedo pintado en el rostro. El boticario le sonrió, acariciándole la larga cabellera negra.

—Cálmate, hijita. Voy a ver quién es. Algún cliente que debe tener un familiar muy grave…

—Pero… ¿por qué no toca el timbre?

—Estará muy nervioso.

Momentos más tarde, Enrico abría el portal, asombrándose al ver los verdes uniformes de los *carabinieri*. Delante de los hombres armados, el teniente Campuzani se llevó la diestra al gorro, saludando militarmente.

—¿Qué ocurre, teniente?

—Hemos recibido una denuncia, *signore* —repuso el oficial.

—¿Una... denuncia?

—Sí. Alguien acusa a su hija de haber vendido la totalidad de los estupefacientes de la farmacia.

—Pero... ¡eso no es cierto!

—Hemos de comprobarlo, señor Portorelli.

—Como ustedes quieran... ¡Qué locura! Pasen, por favor...

—*Prego*...

Penetraron en la farmacia por la puerta que daba al pasillo de la casa, ya que el cierre metálico estaba echado. Enrico encendió las luces.

—Por aquí, teniente... El armario de los narcóticos está en el fondo, en una caja fuerte, tal y como dispone la ley...

Empezó a manejar la rueda de la caja fuerte.

—Espero que encontrarán ustedes al bromista y le castigarán como merece. ¡Qué denuncia más estúpida, Dios mío!

Tiró hacia él de la pesada puerta de la paja.

Los ojos del boticario se abrieron como platos.

—¡Oh! ¡No es posible!

El teniente le apartó de delante de la caja, con cierta brusquedad. El receptáculo estaba vacío.

Volviéndose hacia el boticario, que estaba pálido como un muerto, el teniente le miró con severidad.

—Ya ve usted que la denuncia era cierta.

—Pero ¡alguien ha debido robarme!

—¿Quién conoce la combinación... además de usted?

—Mi hija, que se queda aquí cuando yo voy a ver a entrenar al equipo. ¡No irá usted a dudar de mi hija!

Campuzani se alisó pensativamente los bigotes.

—De usted no dudamos, *signore*. Le conocemos muy bien. Tampoco dudaríamos de su hija, si no fuese la prometida de un hombre que se ha quedado sin trabajo...

—¿De veras piensa usted, teniente, que Tonio tiene que ver algo con ese robo?

—Un hombre sin dinero, joven y ambicioso, puede convencer a una muchacha que le ama...

—¡Eso es monstruoso!

—Lo lamento, señor Portorelli; pero, por el momento, le ruego que vaya a decir a la señorita Gina que se prepare. Deberá venir con nosotros.

—¡Yo iré con ustedes!

—No es posible. La denuncia es contra su hija. Pero no tema, señor, en cuanto el capitán la haya interrogado, se la devolveremos…

—¡Oh, Dios! Pero ¿es que este mundo se ha vuelto loco de repente?

—Cálmese, señor. Y diga a la señorita que se prepare, se lo ruego.

—Sí… Ya voy…

CAPÍTULO V

—*Porca miseria*!

Adriano estaba desesperado.

Por cuarta vez, tras la iniciación del entrenamiento, la jugada había fallado por culpa de Virelli.

¡No había nada que hacer!

Aquel muchacho no tenía nada que ver con el Tonio del día anterior, y el entrenador se preguntó si podía ser cierto que los martes fueran días tan aciagos como afirmaban los supersticiosos.

—¡Quince minutos de descanso! —gritó, agregando luego—: ¡Haz el favor de venir aquí, Tonio!

Se sentaron los dos hombres en la primera fila de los graderíos, y Adriano, mirando con lástima al jugador comentó:

—Ya sé que no estás en forma, chico. A todo el mundo le ha afectado lo ocurrido...

Tonio se mordió los labios.

—¿Cómo quiere usted que preste atención al juego mientras Gina sigue detenida?

—Lo comprendo. Pero eso es un error, lo sabes tú tan bien como yo. Y es casi seguro que Gina venga a verte antes de que terminemos el entrenamiento. No se puede detener a una persona inocente.

Virelli no dijo nada.

Porque él SABÍA PERFECTAMENTE LO QUE ESTABA OCURRIENDO.

Al principio, cuando Loretti le despidió, no asoció aquel acto a ninguna otra cosa; pero al enterarse de lo ocurrido a su prometida, empezó a atar cabos, no tardando mucho en llegar a una lógica conclusión.

La única explicación posible. El Don estaba actuando.

La larga mano del Padrone llegaba a todas partes. Él era el culpable de su despido, y él debía haber ordenado que robasen los estupefacientes de la botica del señor Portorelli. Además, la

denuncia había sido hecha no contra el farmacéutico, SINO CONTRA GINA, la persona a la que Tonio amaba.

—Haz un esfuerzo, chico.

Tonio no dijo nada.

Estaba pensando con una intensidad terrible, como nunca lo había hecho hasta entonces. Sopesando los pros y los contras, pero dispuesto a cualquier sacrificio con tal de liberar a su novia.

Se puso en pie, bruscamente.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —se alarmó el entrenador.

—Voy a llamar por teléfono. Es solo un instante.

—Está bien, pero tranquilízate. Y dale recuerdos de mi parte a tu futuro suegro. No fue al boticario al que llamó el jugador.

Marcó, sin la menor duda, al número de la lujosa villa del Don, que encontró en el Anuario. Una voz desagradable, untuosa, que conocía muy bien, le contestó.

—Residencia del *signore* Santino. ¿Quién es?

—Tonio Virelli.

—¿Qué desea usted? —inquirió la voz del consejero.

—Hablar con el Padrone.

—No sé sí…

A Virelli se le subió la sangre a la cabeza.

—Óigame bien, rata inmunda, o me pone en comunicación inmediata con el Don, o voy a la villa y a pesar de todos esos matones de mierda, le aplasto esa cabeza de comadreja que tiene usted…

—Un momento.

Instantes después, la voz de Santino llegaba hasta el auricular.

—¡Hola, campeón!

Tonio se mordió los labios.

—Dejémonos de frases, Don. Y vayamos al grano. Acepto todo lo que me propuso. Esta tarde pasaré por la finca y me someteré al tratamiento de ese médico suyo, ¿de acuerdo?

—*Va bene*! Sabía que eras un chico inteligente y juicioso.

—¡Deje la coba aparte, Padrone! Solo iré a su casa sí, antes de mediodía, Gina ha regresado a su domicilio y desaparece la denuncia formulada contra ella… y vuelven las drogas a su sitio. *Capisci*?

—Sí, comprendo, muchacho. Todo se hará como tú dices. Pero

no me gusta el tono de tu voz. Si no te muestras más respetuoso conmigo, ¡envío todo al diablo y no volverás a ver a esa chica! *Capisci*...?

Virelli se estremeció. Sin saberlo concretamente, intuía lo que podía ocurrirle a Gina. Tragó una saliva amarga y dijo, con voz comedida:

—Está bien, Don. *Molte grazie*!

* * *

—¡Tonio! ¡Tonio!

Adriano estaba en la mismísima gloria. Hizo salir del terreno a Virelli, cogiéndole por el brazo para llevárselo a la fuerza a los vestuarios.

—¡Anda! Tómate una buena ducha... ¡Hoy has hecho demasiado!

Virelli sonrió, desnudándose para pasar a la ducha más cercana.

Nervioso, Adriano encendió un puro, sin dejar de mirar al jugador. Tenía el ceño fruncido y su frente no se alisó hasta que, envuelto en su albornoz, salió Tonio de debajo del agua.

—Pero... —inquirió el entrenador, formulando una pregunta que le estaba quemando los labios desde hacía tres días— ¿qué diablos te ocurre, muchacho?

—No le entiendo...

—¡No me vengas con cuentos! Desde el martes por la mañana, te has convertido en una verdadera fiera. Antes eras muy bueno; pero ahora... *Mamma mía*! Eres un fenómeno, una bala de cañón, una gacela. ¿O es que no te has dado cuenta de que no te cansas nunca?

—Hago lo que puedo.

—No puedes engañarme, Tonio. Tu entrega es tan tremenda, que tiemblo al pensar que puedas llegar al domingo completamente agotado.

—Estaré bien.

—No sé, no sé... Comprendo perfectamente que estés contento. Gina ha regresado a casa, la denuncia no existe, los fármacos que le robaron al *signore* Portorelli han sido hallados... y hasta Loretti te ha prometido medio millón de liras si ganamos el partido al Flamígero.

—Lo ganaremos.

—De eso no dudo... salvo en ciertas cosas.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, el exceso de trabajo que te estás tomando, la forma increíble con que recorres el campo de un lado para otro, el miedo a que tu cuerpo no pueda resistir tamaño esfuerzo.

—¿Algo más?

—Sí...

El rostro del entrenador se ensombreció.

—Lo otro es... Tomasso.

—No temo a esa bestia.

—Ojalá no pase nada. Pero voy a decirte algo, Tonio. Una persona, con carnet de periodista, como otros muchos que han llegado desde Nápoles para ver tus entrenamientos, me parece ser un tanto sospechosa.

—¿Por qué?

—Su cara no me es desconocida. Se parece demasiado, aunque ahora lleva bigote, a uno de los directivos del Flamígero.

—¿Quiere decir usted que nos están espiando?

—Sí, en cierto modo. Pero eso es algo normal ante encuentros tan importantes como el del domingo. Hay más...

—¿De qué se trata?

—¿Has convocado tú a los chicos de la Prensa?

—¿Yo? No.

—No sé, no sé. Es como si alguien estuviese interesado en dar a tu persona un relieve especial. Y eso no me gusta, Tonio. He dedicado toda mi vida al deporte. Y sé todo lo sucio que se oculta en ciertos medios. ¿Nadie te ha hecho alguna proposición?

—No, señor. Y si alguien lo hiciese, le diría que se dirigiese a la Presidencia.

—Sí, ya sé...

—Quisiera entrenarme un poco más.

—¿Estás loco? Lo que vas a hacer es ir a casa y descansar toda la tarde. Y ya sabes, nada de vino, ni de excitantes... ni café...

—Lo sé.

—Anda, vístete...

Iba Virelli a alejarse, camino de los vestuarios, cuando Adriano le llamó:

—¡Tonio!

—¿Sí?

—¿Puedo hacerte una pregunta… delicada?

—Lo que usted quiera.

—Es una cosa muy especial, pero… el señor Portorelli… ¿no te ha dado alguna cosa para tomar?

—¿Quiere usted decir que si estoy «dopado»?

—No es eso, pero…

—¡No diga estupideces, Adriano!

Y se alejó, mordiéndose los labios, mientras que el entrenador le seguía con una mirada triste y un aire pensativo y preocupado.

Luego, moviendo la cabeza de un lado para otro, subió la escalera que conducía al terreno de juego.

* * *

Desde el amplio ventanal del salón de la gran mansión del Padrone, este, en compañía de su inseparable consejero, seguían atentamente el rápido avance, en la gigantesca piscina en forma de habichuela, en la que Tonio estaba llevando a cabo un impresionante cien metros de *crawl*.

Junto a la piscina, el doctor Romain controlaba, con un cronómetro en la mano, el tiempo del nadador.

Un poco más allá, siguiendo atentamente el espectáculo, Françoise e Ivette, la amiga del médico, estaban también en traje de baño.

Françoise lleva un traje completo de color azul oscuro que moldeaba perfectamente su hermoso cuerpo. Ivette ostentaba un atrevido bikini que dejaba muy poco cubierta su magnífica y provocativa anatomía.

—Está en plena forma —sonrió el consejero.

—Sí… ¿Cómo van nuestros planes?

—Bien.

—¿Qué has hecho?

—Todo, Don. Convocar a los del Inter y a los del Roma. La Prensa y la TV asistirán en pleno. Los corresponsales de los mejores periódicos deportivos de Europa y, ¿cómo no? vendrá un representante del Barcelona y otro del Real Madrid.

El Padrone sonrió.

—Este último detalle me gusta. Los clubs españoles son muy buenos compradores. Quizá podamos pensar en alguna cantidad superior…

—En eso mismo estaba pensando yo. Lo malo es que Virelli es un valor desconocido… y, fuera de Italia, no se arriesgarán hasta verle jugar toda una temporada. ¡Entonces sí que podría pedirse por él hasta dos mil millones de liras!

El Don se encogió de hombros.

—Sí, es cierto, pero ya no nos pertenecerá… como ahora. La operación, tal y como la hemos concebido, nos dejará suficientes beneficios, ya que los gastos han sido pocos. Frunció el ceño, al ver que Tonio estaba hablando con Françoise, mientras que Ivette estaba, en el otro extremo de la piscina, con su amante, el doctor Romain.

Salvatore creyó interpretar aquel fruncimiento de ceño como una manifestación de los celos de Santino, y dispuesto a adelantarse siempre a los deseos de su dueño y señor dijo:

—Advertiré a ese chico que no se acerque a la señorita Levain…

El Padrone se echó a reír.

—¡Al contrario, Fiorello! Nada me encantaría más que esa estúpida cometiera el error de enamorarse de Virelli.

—¿Está usted cansado de ella, Don?

—Sí, pero ya me conoces, mí querido consejero, yo no regalo nada a nadie. Esa mujer me ha costado una fortuna, y si se fuera con el jugador, cuya vida va a ser muy corta, la enviaría después a Marsella, hasta que me hubiera devuelto hasta la última lira…

* * *

—¿No vas a salir, *figlio*?

Con la cucharilla en la mano, Tonio iba cortando la pirámide dorada del flan que su madre le había hecho de postre. En realidad, no la estaba escuchando. Con los ojos entorna dos, dejaba volar su imaginación, lejos del pueblo, hacia aquella maravillosa ciudad, aquel mundo increíble del que «ella» le había hablado.

Un mundo sin mafia, sin Don, sin Padrinos… un mundo de libertad… Frunció el ceño.

«Un mundo de libertad —pensó—, en el que sin embargo ella ha

caído en el cepo...» Claro que había sido por culpa de aquel canalla de Santino. El hombre que la llamó a su mesa, prometiéndole, si le seguía a Italia, convertirla en una famosa cantante que terminaría actuando en la Scala de Milán.

Pero al llegar a la villa, Françoise se vio recluida en la más elegante prisión del mundo y, al mismo tiempo, en la más segura de todas: un lugar del que era imposible salir.

»—Nunca he pasado esa puerta de hierro —le dijo—, más que aquel domingo en el que, todavía no sé por qué, Luigi me llevó a ver el partido que jugasteis contra el Nápoles...»

Dos años llevaba confinada en la elegante mansión del Padrone.

»—Es un hombre extraño —le había explicado con lágrimas en los ojos—. En realidad, me molesta muy pocas veces, y cuando viene a mí habitación, es más para humillarme que para poseerme. No puede tolerar que una mujer pueda ser más inteligente que él, y cuando me habla, especialmente en privado, emplea esa infame jerga de los bajos fondos, mezclando expresiones obscenas americanas con palabrotas sicilianas».

—Tonio...

Virelli alzó los ojos hacia su madre. Había tanta inquietud en la mirada de la vieja Virna, que el muchacho se puso en pie, besándola en la frente.

—Ya voy, mamá...

—Ponte el traje nuevo, hijo. Tu padre lo hacía siempre que venía a casa a cortejarme.

—De acuerdo, mamá. Voy a cambiarme.

Iba a penetrar en su cuarto, cuando ella le llamó desde la proximidad de la mesa.

—Hijo...

Se volvió, forzándose a que sus labios dibujaran una sonrisa.

—¿Sí?

—¿Te pasa algo?

—No, madre.

—No estarás enfadado con Gina, ¿verdad? ¡Es una excelente muchacha!

—No, *mamma*. Voy a ir a verla ahora mismo. Perdona... pero es que el partido del domingo me preocupa mucho.

—Lo sé, hijo, lo sé...

* * *

—Creí que no ibas a venir.

—¡Qué cosas dices! Estuve entrenando hasta muy tarde. Por la mañana, en el campo. Y por la tarde, siguiendo el tratamiento de ese médico francés.

Ella le sonrió.

Virelli le había contado absolutamente todo, y cómo se decidió a seguir las instrucciones del Don, con tal de que la pusieran en libertad. Pero, contra lo que él podía esperar, ella quitó importancia a lo ocurrido, revelándole algo verdaderamente increíble.

—Los *carabinieri* me llevaron directamente a casa del Padrone. Yo estaba segura de que iban a detenerme, pero el señor Santino se portó como un caballero conmigo. Me explicó que todo lo que deseaba era tu bien, que había descubierto en ti a un jugador extraordinario y que quería que te convirtieras en una verdadera figura del fútbol mundial.

Sí, le había dicho aquello, mientras compartía la mesa con ella —habían cenado solos con caviar y champán—. Y también le dijo que «su» Tonio iba a ganar muchísimo dinero, y que antes de un par de años, ella tendría una casa como aquella suya, coches, un yate… convirtiéndose en una verdadera señora.

—¿Te das cuenta, Tonio mío? ¡Seremos ricos! ¡Inmensamente ricos!

Sí, se daba cuenta de ello, y de muchísimas cosas más. Se daba cuenta de que no había conocido a Gina, de que había creído que aquella deliciosa muchacha le quería sin pensar más que en él, como él la amaba.

Pero había bastado que pasara una noche y una mañana en la lujosa mansión del Padrone, para que su ambición se desarrollase con la fuerza de un tumor maligno.

Olvidó velozmente el terrible disgusto de su padre, los sufrimientos de su prometido… y el paso terrible que este había dado, sometiéndose a algo que le repugnaba en el fondo.

Él no aspiraba más que a ser un buen jugador de fútbol, pero nada más que a eso, pensando que la vida de un campeón es muy corta y que, si ganaba el suficiente dinero, no mucho, le hubiera gustado poseer una tienda de electrónica, que era su verdadera

pasión, casarse con Gina, tener hijos, fundar una familia y vivir el resto de su existencia en la tranquilidad de un lugar tan maravilloso como Sottorello.

»—Yo también soñaba con ser famosa —le había dicho Françoise— y he pagado por ello. Mi única aspiración sería regresar a París, montar una pequeña escuela de canto, conocer a un hombre al que dedicar mi ternura y mi cariño...»

—¡Seremos ricos, Tonio! ¡Millonarios! ¡Tendremos fincas, coches, yates! ¡Viajaremos! ¡Qué feliz voy a ser a tu lado!

«Una vida sencilla —decía Françoise—, una pequeña casa en un lugar tranquilo, en un barrio del viejo París... y un hombre al que amar mucho, mucho...»

—Tengo que ir a casa, Gina. Mañana es sábado y haremos el último entrenamiento. El domingo estaremos en Nápoles.

—¡Y serás el hombre más famoso de Italia, amor mío!

SEGUNDA PARTE

LA VICTORIA

El triunfo no se consigue con el fácil aplauso de un público delirante, ni por el logro de formidables jugadas, ni al conseguir goles de los llamados «de campeonato».

La verdadera victoria para cualquier deportista profesional es conseguir lo que sea por sí mismo, con el esfuerzo de cada día, con la sola idea de ser mejor y mejor... sin que ningún extraño aditamento envenene su propia conciencia de honesto deportista...

CAPÍTULO PRIMERO

Nunca se había visto nada igual. Aquel entrenamiento, el último antes del partido, llenó el campo del Sottorello como nunca lo había estado.

No solo se volcó todo el pueblo, cuya vida comercial y hasta familiar se paralizó aquella famosa mañana, sino que llegaron gentes de las localidades vecinas y, más que nunca, periodistas, reporteros gráficos y curiosos procedentes de Nápoles que querían saber si el precio exorbitante que pagaron por sus entradas merecía la pena.

El consejero había demostrado su habilidad, promoviendo una amplia campaña de publicidad, no demasiado extensa —lo que demostraba más aún su *savoir faire*—, pero sí lo suficiente como para crear un ambiente de expectación, haciendo que las localidades del campo que brindaba su terreno, el Nápoles, se agotasen tres días antes del encuentro.

Hasta el Don quiso «honrar» con su presencia aquel memorable entrenamiento, presentándose en el campo como toda su cohorte de servidores y guardaespaldas, además del doctor e Ivette. Y, otra vez excepcionalmente, Françoise Levain.

Llegó hasta los vestuarios la noticia del imponente «lleno», así como la de la presencia de los importantes personajes que habían llegado en sus poderosos y vistosos coches americanos.

Los jugadores rezumaban orgullo, sonriendo y gastándose bromas, muchachos felices porque contaban con el entusiasmo de la gente que se agolpaba en los graderíos, dispuestos a darlo todo para satisfacer a aquel público que les adoraba.

Al enterarse de la presencia de Françoise, Tonio se sintió inmensamente feliz.

Sin apenas darse cuenta, de una manera tan lenta como imperceptible, había empezado a enamorarse de aquella joven francesa cuyos tristes avatares conocía ahora de memoria.

Al mismo tiempo, descubriendo el profundo cambio que había

tenido lugar en Gina, vio que toda la ternura que hacia ella había sentido se estaba disolviendo con rapidez vertiginosa.

Una tremenda lucha interior se llevaba a cabo en el interior del alma de Tonio Virelli.

Por un lado, estaba deseando demostrar a todos su excepcional valía, dando a su equipo un triunfo sin precedentes, consiguiendo el ascenso automático a segunda división del Sottorello.

Pero, por otro lado, sentía miedo de aquella potencia que manifestaba su cuerpo, aquella infatigable voluntad. Y por la noche cuando luchaba por la noche, cuando luchaba por encontrar un sueño que tardaba en llegar, se preguntaba si no estaba haciendo trampa «a su cuerpo» y, al mismo tiempo, si no engañaba miserablemente a todos los que le habían demostrado su estima.

¿Era normal aquella «superpotencia» que ahora dominaba su organismo?

El doctor Romain le había repetido cien veces que las inyecciones que le ponía no contenían ninguna sustancia que pudiera considerarse como «dopaje», limitándose su acción a aportar al cuerpo ciertas vitaminas y otras sustancias que los músculos y el sistema nervioso necesitaban para su perfecto funcionamiento.

Pero Virelli había descubierto que algo extraño le pasaba ahora. Era como si su cuerpo obedeciera a «otro», como si un nuevo Tonio, que no era él, hubiese aparecido en su interior, y fuera el «otro» quien mandara, quien ordenara cada gesto, cada reflejo, cada acto.

Sin embargo, para alguien como él, evidentemente nacido para el deporte, era muy difícil, casi imposible, determinar dónde empezaba el efecto de la inyección y dónde su propia voluntad.

—No tienes que tener ninguna clase de escrúpulos, campeón —le había afirmado el médico francés—. Si ahora juegas mejor que antes, es sencillamente porque tu organismo está dotado de lo que no tenía. A tu cuerpo le faltaban ciertos «alimentos». Me entiendes, ¿verdad?

Pero frente a aquellas palabras de Romain, estaban los temores de Françoise, junto a la que pasaba largos ratos, entre ejercicio y ejercicio.

—No te fíes de esta gente, Tonio. Y menos aún de ese maldito doctor. Está estimulando tu cuerpo, exigiendo de él más que lo que

normalmente puede dar. No es bueno lo que haces.

—Pero si me ha asegurado que no se trata de ningún «dopaje».

—Y no lo será «aparentemente». Claude es demasiado listo como para correr el riesgo de que, creyéndote «dopado», te analicen la sangre y te echen de la Federación. Es un hombre muy inteligente, un químico de gran categoría, pero un canalla tan grande como el propio Don.

Fue aquella misma tarde, cuando paseaban por el amplio parque de la villa del Padrone, cuando Tonio la besó por vez primera.

—No te preocupes, Françoise. Ganaremos al Flamígero... Y todas mis relaciones con Santino habrán terminado para siempre. Ya sabes que no voy a regresar al pueblo.

—Lo sé.

—Me quedaré en Nápoles, trabajando en lo que sea. Es muy probable que algún pequeño equipo me contrate como entrenador. No lo sé. Pero trabajaré en lo que sea para ayudar a mí madre y reunir el suficiente dinero para casarme contigo.

Ella no dijo nada.

No hubiera querido, por nada del mundo, herir a aquel buen chico que seguía soñando al desconocer el poder que el Padrone ejercía sobre ella.

Estaba dispuesta a escapar de las garras del Don, jugándose el todo por el todo, huyendo a París, ocultándose para esperar a que Tonio se abriera camino en la vida.

Porque ella también se había enamorado de aquel joven en el que descubrió una gran nobleza, un amor sano y limpio hacia el deporte que practicaba, y con él había compartido, sin juzgar a la otra muchacha, en la tremenda decepción que Gina le había causado.

* * *

¡Nápoles!

Desde las primeras horas de la noche del sábado, los autocares fueron llegando, así como los trenes cargados de entusiastas dispuestos a no perderse el espectáculo que la fama de Tonio hacia esperar.

Italia entera, informada por la Prensa, la radio y la televisión,

esperaba ansiosamente seguir las incidencias del partido que la RAI iba a transmitir, constituyendo una excepción, ya que solo se trataba de un encuentro entre dos equipos de una categoría regional.

Pero la mano negra de Fiorello, una mano larga como un tentáculo, había sabido movilizar los poderosos intereses de las casas anunciadoras, obteniendo, a través de las más importantes agencias de publicidad del país cuantiosas «comisiones» que hicieron feliz al ambicioso Santino.

El negocio Virelli empezaba maravillosamente bien.

Empujada por un lado por la expectación del país y por otro por la demanda de anuncios, «a cualquier precio» de las más importantes firmas patrocinadoras de muchos programas, la RAI no tuvo más remedio que contratar la trasmisión del partido, ofreciendo una cuantiosa suma a los equipos participantes, así como una comisión al Nápoles por la cesión de los lugares para la instalación de las cámaras y equipos especiales de transmisión.

Fuera de Italia, los dos países más apasionados por el balompié solicitaron la recepción del partido, llegando a un acuerdo con la RAI la Radiotelevisión Francesa y la Radio-televisión Española.

En la tribuna preferente que el Don había adquirido, se vivían instantes de cálculos complejos sin la menor dosis de emoción ni de entusiasmo.

—Háblame de la reunión con los del Sottorello —le dijo el Don a Salvatore.

—Todo fue perfectamente, *signore* Santino —repuso el consejero —. Al principio, naturalmente, se resistieron un poco… pero no tardamos en llegar a un perfecto acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—El que usted deseaba, Don. Ese imbécil de Portorelli fue el que más discutió, pero acabó aceptando los veinte millones de liras que recibiría como comisión por el traspaso de Tonio.

—¿Nadie se opuso al proyecto?

—Sí.

—¿Quién?

—Adriano, el entrenador. Pero no tenía ni voz ni voto en la reunión, limitándose a protestar. Finalmente, amenazó a Enrico con dejar su cargo si Tonio se iba del equipo.

—¡Que se largue donde quiera!

—Es un pobre desgraciado, Padrone.

—Olvidemos a ese cretino. Ya sabes que nuestros planes deben limitarse a lo que pase inmediatamente después del partido de hoy. ¿Has hablado con los representantes de los principales equipos nacionales?

—Me he entrevistado con todos. Lógicamente, quieren ver primero si Tonio es una maravilla de la que habla todo el mundo. Pero hay algo muy interesante con lo que no contábamos.

—¿De qué se trata?

—De un equipo francés, el Reims, que parece interesado por una probable adquisición de Virelli.

—¿Cuánto está dispuesto a ofrecer?

—No se ha hablado de una cifra concreta. Don, pero su representante me ha afirmado que en el caso de que Tonio sea verdaderamente lo que de él se dice, está dispuesto a superar la cifra que cualquier otro equipo ofrezca en un cincuenta por ciento.

—¡No está mal!

Hubo una corta pausa; luego Salvatore dijo en voz muy baja:

—Claude le pondrá una sobredosis en los vestuarios, antes del encuentro. El chico dará más que nunca. Pero tendremos que darnos prisa después del encuentro.

—¿Qué quieres decir?

—Romain ha exagerado un poco. Ha tenido que exagerar en el tratamiento, ya que lo empezamos el martes, lo que ha hecho que Tonio recibiera, en cinco días, las inyecciones que, normalmente, hubieran debido durar un mes.

—¿Y qué?

—Que no sabemos lo que puede ocurrirle a ese chico. Hay que lograr el traspaso esta misma noche, aunque esta precipitación nos impida mayores ganancias.

—No importa. Lo interesante es que es un excelente negocio. Lo que ocurra después con ese paleto nos importa un bledo.

—Es cierto. Incluso si se descubriera que ha sido sometido a un tratamiento especial, nuestra responsabilidad no existiría de ninguna forma, ya que será Portorelli quien firme el traspaso como presidente que es del Sottorello.

—De todas maneras, mañana por la tarde salimos en el yate para

pasar una temporada en la Costa Azul. Si ocurriese algo desagradable, estaríamos perfectamente a cubierto.

—Nada desagradable puede ocurrir, Padrone. Una vez firmado el traspaso, la responsabilidad del jugador recae por entero en el equipo que ha hecho la adquisición.

—Perfecto.

Una banda de música desfilaba por el césped, amenazando la impaciente espera del gentío que abarrotaba la entera capacidad del campo.

Faltaban diez minutos para que empezase el encuentro.

* * *

En los vestuarios, Adriano estaba impartiendo las últimas instrucciones a sus muchachos.

—Tenemos que obtener, sea como sea —les dijo—, un primer gol en los diez primeros minutos, antes si podemos. No creo que el entrenador del Flamígero cometa el error de lanzar a su equipo al ataque desde el mismo instante en que comience el juego. Conociendo las facultades de Tonio, adoptará una prudente táctica defensiva… «para ver cómo van las cosas».

Se pasó la mano por la frente.

—Y también para intentar anular a nuestro campeón. Para ello cuenta con Tomasso. Si ese animal consigue lesionar o, al menos, incapacitar parcialmente a Tonio, el partido será del Flamígero.

—Yo me encargaré de ese gorila —sonrió Graziano—. Voy a convertirme en su propia sombra.

—Ten mucho cuidado. Tomasso, a pesar de ser una verdadera bestia, un jugador durísimo, no tiene un pelo de tonto. Está tan acostumbrado a «pegar», que lo hace con disimulo, sin jugarse el peligro de que le expulsen nada más empezar el partido.

—Entiendo.

—Al comprobar que tú no te despegas de él, empezará por intentar eliminarte, para así tener el campo libre y dedicarse por entero a Virelli… Y hablando de Tonio, ¿dónde diablos se ha metido?

—Está con un señor, en el despacho, al fondo de los vestuarios.
Adriano frunció el ceño.

—Bueno, chicos. Yo estaré en el foso, atento al juego. Como todo va a depender, en nuestra primera posición, de la moneda que tira el árbitro al aire, estaré en contacto con uno u otro extremo, contigo, Graziano o contigo, Martino. Cuando paséis junto al foso, abrid bien los oídos, ya que os iré dando instrucciones.

Fue entonces cuando penetró Tonio en el vestuario.

—Perdone, Adriano; pero era un pariente que tengo en Nápoles. No he podido evitarlo.

El entrenador le miró de una manera extraña.

—No tiene importancia, Virelli. Tú eres el que menos ayuda y consejos míos necesita.

* * *

En el vestuario del Flamígero, el entrenador daba igualmente instrucciones a sus jugadores, pero su atención se concentraba especialmente en el defensa derecho.

Giuseppe Tomasso era un verdadero gigante. Antes de dedicarse al fútbol profesional, había trabajado, de joven, como descargador en los muelles de Nápoles, practicando en aquel tiempo la lucha libre. El entrenador del Flamígero le había descubierto en una de aquellas sesiones de lucha, comprobando la ligereza extraordinaria de aquel cuerpo de casi cien kilos, pero sin una sola onza de grasa.

Tomasso había sacado las castañas del fuego al Flamígero en muchos encuentros, aunque fue sancionado en tres ocasiones distintas, la última tan grave que no pudo jugar en el equipo durante cinco partidos.

—Todo va a depender de ti, Giuseppe —le dijo el entrenador—. Es casi seguro que ese idiota de Adriano te ponga alguien para que no se despegue de ti en todo el encuentro. Apostaría cualquier cosa a que te colocan a Graziano.

Tomasso se echó a reír.

—¿Esa gamba? No me durará diez minutos.

—Ya lo sé, pero tienes que tener mucho cuidado. Ya te he dicho que a lo más que puedes arriesgarte es a una tarjeta amarilla, pero no más. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Nada de patadas. Recuerda lo que ocurrió cuando partiste la

tibia a aquel delantero del Cattania. Si te expulsan por eliminar a ese cretino de Graziano, no habremos conseguido nada… y estaremos perdidos.

—No tema, *signore*. No habrá patadas. Utilizaré mi procedimiento preferido. Un buen codazo en el estómago, y tendrán que sacarlo en camilla.

—Pero sin que nadie vea el codazo.

—Ya le he dicho que es mi especialidad. Nadie se dará cuenta de nada. Será un simple encontronazo y cuando estemos pegados el uno al otro… ¡zas! un buen codazo y ese cerdo estará fuera de combate.

—Perfecto. Y como en este partido no se admiten sustituciones, el Sottorello se quedará con diez jugadores. Luego tendrás que encargarte de Tonio.

—No se preocupe. ¡Con las ganas que tengo de romperle la cara a ese niño bonito!

—En ese momento —dijo sonriendo el entrenador—, poco importa que te enseñen la tarjeta roja y que te expulsen. Sin Virelli en el equipo contrario, lo que quede por hacer será coser y cantar. ¡Los aplastaremos!

Tomasso frunció el ceño.

—No habrá olvidado la directiva la promesa que le hizo a usted, ¿verdad?

—No olvidaría nada. Si eliminas a Tonio, recibirás dos millones de liras. Una pequeña fortuna, ¿verdad?

Giuseppe se echó a reír.

—¿Sabe usted una cosa, *signore*? Que me gustaría que me impidieran jugar otros cinco partidos o una temporada. Con esa «pasta», voy a pasarlo de miedo. Hay una napolitana que me lleva de cabeza.

—*Va bene*! Goza con ella todo lo que puedas. Como estarás sin poder jugar, pasaremos por alto todos los excesos que puedas hacer.

Fue en aquel momento cuando el delegado de campo apareció en la puerta de los vestuarios.

—¡Es la hora, muchachos! ¡Todos al terreno de juego!

CAPÍTULO II

Un rugido tremebundo acogió la salida de los dos equipos; después una ovación estruendosa sacudió los graderíos donde no cabía una mosca.

El Flamígero llevaba camisola amarilla con una «llama» —de ahí su nombre— en el pecho. Los del Sottorello vestían camiseta azul y pantalón blanco.

Mientras los equipos posaban para los fotógrafos, penetró en el campo el equipo arbitral, que también fue fotografiado y filmado. Además de los flashes de la Prensa, las cámaras portátiles de la TV se movían de un equipo a otro y las grabadoras no paraban de hacer girar sus bobinas, captando las declaraciones recibidas por los micrófonos portátiles.

Llamó al árbitro a los capitanes, yendo Tonio, por el Sottorello y Trevisi, por el Flamígero, al centro del terreno, donde después de escuchar los consejos del árbitro, pidiendo juego noble y ninguna clase de violencia o dureza, se echó la moneda al aire, tocando al Sottorello jugar a la derecha el primer tiempo, justo en contra del sol, lo que no era agradable para el comienzo del partido.

Convocó el pitido del árbitro a los equipos, que ya habían ocupado sus terrenos respectivos y se produjo la alineación, tocándole el saque al Sottorello, ya que el Flamígero había elegido campo.

En la tribuna, dotado de poderosos gemelos, el Don se volvió hacia su consejero.

—¿Quién es ese orangután de la defensa enemiga? —preguntó Santino.

—Se llama Tomasso.

—No me gusta nada ese tipo.

Salvatore sonrió.

—No creo que tengamos que temer nada de ese tanque, Padrone. Es un elefante al lado de la gacela que es Tonio.

—No sé... no sé...

—¡Ya empieza!

Tonio impulsó el balón hacia atrás, pasándolo a Leone que, casi sin parar, en una bolea impresionante, lo lanzó hacia Martino que corrió a lo largo de la banda, persiguiendo por Carlo, el extremo del Flamígero.

También avanzó Graziano, muy cerca del sector de Tomasso, en previsión de un pase hacia él.

Pero todo el juego, por el momento, se desarrollaba en el ala derecha del Sottorello. Acosado por Carlo, Martino cedió, retrasando, a Edmondo quien, como una flecha, se aproximó al área enemiga.

Ante él se alzaron Beppo, el medio volante enemigo, y el defensa izquierdo Luigi. Comprendiendo que iba a perder el esférico, Edmondo lo envió, en un pase rasante, a los pies de Tonio.

Un rugido brotó de los graderíos.

Como una exhalación, driblando a dos adversarios, Virelli se dirigió hacia el área contraria; al verle, Tomasso corrió hacia él. Pero Graziano se dispuso a interceptar el paso del coloso.

Hubo un choque violento entre los dos, pero el árbitro no detuvo el juego, respetando escrupulosamente la ley de la ventaja.

Volvió el gentío a rugir, ya que Tonio, burlando fácilmente el doble acoso de Zello y Luigi, lanzó sobre la puerta defendida por Lorino.

El portero del Flamígero era un excelente guardameta, y lo demostró lanzándose en plancha. Pero no pudo detener el esférico, que rebotó en sus manos, y vio con pánico que Tonio lo recuperaba, lanzándolo implacablemente a las mallas.

—¡¡¡GO… OOOOL!!!

El tanto se había producido a los ochenta segundos, exactamente, de comenzar el encuentro.

Se agitaron las banderas del Sottorello, manejadas por los hinchas que ocupaban gran parte de los graderíos.

Pero, casi enseguida, la atención general se concentró en el hombre que yacía en el suelo, junto al que Tomasso estaba arrodillado, intentando ayudar, aparentemente, al contrario.

Acudieron otros jugadores y, saliendo de la línea, corrió el masajista hacia el terreno, ocupándose del caído que no era otro que Graziano.

El árbitro se acercó al lugar donde se había producido el choque. Hubo pitidos y silbidos en el público.

Finalmente, el árbitro mostró la tarjeta blanca al defensa del Flamígero.

* * *

En la tribuna, el Don volvió el rostro iracundo hacia Salvatore.

—¡Pedazo de idiota! —silbó entre dientes—. Con que ese gorila era inofensivo, ¿eh?

—Yo no sabía. Además, parece que ha sido un encontronazo fortuito.

—¡Cretino! ¿No te das cuenta de que es una jugada del entrenador contrario? Acaba de suprimir al único hombre que podía hacer sombra a Tomasso. Y ahora, este tiene las manos libres para ocuparse de Virelli.

—No creo que se atreva. Pueden expulsarle.

—Y eso ¿qué importa, tonto de capirote? Si elimina a Virelli, tendrán la victoria en el bolsillo.

La mano enjoyada del Don se posó como un garfio en el antebrazo del calvo, que hizo una mueca de dolor.

—Procura arreglarlo como sea, consejero, o te juro que al llegar a casa... te daré un beso en la boca... *II baccio in la bocca.*

Para la mafia, aquello significaba una sentencia a muerte. Fiorello se estremeció de pies a cabeza.

—Voy a pensar algo —dijo, apartándose prudentemente del Don.

* * *

El juego se había reanudado.

De nuevo, Tonio demostró sus excepcionales facultades, doblando a sus adversarios con una elegancia suprema. Parecía, con el balón en sus botas, un malabarista.

Incansable, iba de un lado para otro, lanzaba pases matemáticos y recibía los de sus compañeros con una precisión admirable.

Cuatro, cinco, seis veces, se acercó al área del guardameta Lorino, haciendo que el público rugiera de entusiasmo; pero cada

vez, se alzaba ante él el muro de Tomasso, y Virelli no se atrevía a chocar con el coloso, apresurándose a pasar a otro jugador que, impepinablemente, acababa por perder la pelota.

Surgieron algunos silbidos de los graderíos, al comprobar el público la cobardía del delantero centro del Sottorello. Pero todo el mundo acabó comprendiendo que Virelli no podía exponerse a chocar de frente con aquella pared de músculos y huesos. Tenía que esperar una ocasión para infiltrarse o, como estaba haciendo ahora, chutar desde lejos. Eran disparos magníficos, impresionantes, pero el esférico llegaba con muy poca fuerza a la meta siendo detenido con facilidad por el guardameta.

—Voy a salir unos instantes, Padrone —dijo Salvatore—. Creo que se me ha ocurrido algo…

—Mejor será que así sea.

El consejero retrocedió en la tribuna, tocando el hombro de Ivette, quien asistía al partido, mientras que Françoise, afectando estar enferma, se había quedado en la villa.

—*Viens avec moi, chérie*… —le dijo, sin hacer caso de la mirada burlona que le dirigía el doctor Romain.

Acababa de irse Salvatore cuando, en el terreno, los del Flamígero iniciaron una jugada hábil, que nació justamente de Tomasso. El coloso paró un disparo, con el pecho, que acababa de lanzar Tonio desde lejos, lanzando una bolea hacia Enmanuele, el medio, quien cedió en rasante a Ferdinando. Este avanzó por la banda, burlando a Campano y luego a Domenico, para acabar centrando magistralmente a Sorino, el delantero centro, que se encontraba solo ante la puerta defendida por Nicolo.

El disparo fue un verdadero cañonazo.

Nicolo hizo lo que pudo; sus manos rozaron el esférico, y todo parecía indicar que había conseguido desviarlo a córner; pero, chocando con una de las cepas, el balón terminó introduciéndose en las mallas.

—¡¡¡GOOOOOOOL!!! —aullaron los partidarios del Flamígero.

Dos minutos más tarde, el árbitro señalaba el final del primer tiempo.

* * *

Al regreso a los vestuarios, los jugadores del Sottorello se precipitaron a las duchas, pero Adriano no les concedió más que un par de minutos, ya que deseaba hablar con ellos. Cambiados de ropa, se sentaron en el banco, cariacontecidos. Mientras ellos se duchaban, Adriano fue a por noticias de Graziano, regresando a los vestuarios aún más preocupado que al principio.

—Las cosas van mal —dijo al sentarse ante los jugadores—. Graziano ha sido trasladado al hospital. Por lo que el médico del campo me ha dicho, recibió un golpe formidable en la boca de estómago. ¡Ese bestia de Tomasso debió darle un codazo tan fuerte como la patada de una mula!

Hizo una pausa.

—No quedamos más que diez y hemos llegado al final del primer tiempo con un empate a uno, cosa peligrosísima.

—La culpa es mía —dijo Tonio de repente.

Adriano le miró con fijeza.

—¿Por qué?

—Porque soy un cobarde.

—¡Tonterías! No puedo permitirte que te expongas a chocar con Tomasso. Si ese bestia te lesionara... ¡no quiero ni pensarlo!

—¡Tengo que meter más goles!

—Y los meterás. Vamos a adoptar una nueva táctica, que se impone... sea como sea. Escuchad: cada vez que avancemos, dos jugadores, Edmondo y Leone, nuestros medios, bloquearán como sea a Tomasso, aunque dejen el pellejo en ello. Tenemos que conseguir, sea como sea, que el árbitro expulse a ese cerdo. En ese momento, tendremos el campo libre.

No estaba muy seguro de lo que decía, ya que la acción de los dos medios contra el defensa contrario podía salir mal... y ser ellos los expulsados, en vez de Tomasso; pero estaba tan desesperado que no encontraba otra solución.

Naturalmente, Adriano ignoraba que alguien estaba desarrollando un plan mucho más positivo que el suyo. Y, desde luego, muchísimo más astuto y sucio...

* * *

Situados bajo tierra, los vestuarios del campo del Nápoles no

habían sufrido las mejoras que se hicieron en el exterior, y detrás de los vestuarios se abría un largo y oscuro pasillo, al fondo del cual, a ambos lados, se abrían las puertas de las duchas.

Como los jugadores del Sottorello, los del Flamígero se precipitaron a las duchas. Tomasso se había adelantado a todos, penetrando el primero en los vestuarios, huyendo de los reporteros que, en la entrada, intentaron comunicarle los graves efectos que su choque con el jugador habían producido.

—¡Ha sido sin querer! —mascculló apretando el paso hacia las escaleras.

Se sorprendió al ver a aquel hombrecillo calvo que, visiblemente, le estaba esperando. Tomándole por otro periodista, Tomasso le fulminó con la mirada.

—¡No quiero hacer declaración alguna! —gruñó, examinando a Salvatore como si fuera una cucaracha.

—Lo has hecho muy bien, muchacho —le dijo Fiorello echando mano a una voluminosa cartera—. No sé lo que te han ofrecido, pero yo vengo a hacerte dos regalos...

Sacó un enorme fajo de billetes.

—Aquí hay cuatro millones de liras... para ti.

—¿Quién es usted?

Se oyeron los pasos de los otros jugadores, y el consejero, que había entregado el dinero a Tomasso, le cogió familiarmente por el brazo.

—Vamos al fondo del pasillo. No es conveniente que nos vean juntos.

Giuseppe obedeció, apretando con fuerza el enorme fajo en su gigantesca diestra.

—Soy un buen amigo tuyo, Tomasso. Tú no has nacido para servir de «jugador sacrificado» de un equipo en el que ganas una miseria. Te ofrezco un puesto que te iría como un guante. Bien vestido, mucho dinero, poder golpear lo que quieras sin miedo a tarjetas ni expulsiones. ¿Qué te parecería ser guardaespaldas?

—¿De quién?

—De un hombre multimillonario. Un buen coche, pasta en cantidad... y mujeres, todas las que quieras.

Tomasso sonrió.

—Demasiado bonito para ser verdad.

—Voy a demostrarte que no. Hay alguien que te está esperando en la última ducha. Si te gusta, es tuya...

—¿Una mujer aquí... ahora?

—Una diosa, Giuseppe. Tuya... ahora mismo si quieres...

—Pero ¿y el partido?

—¿Qué te importa el partido y el equipo? Has encontrado una mina, muchacho. Pero voy a decirte algo. Vas a trabajar para un Padrone, ¿sabes lo que es eso?

—Sí.

—Un hombre generoso, cuando se le obedece. Terrible si no se hace caso a sus instrucciones. Tú verás lo que haces. O coges lo que se te ofrece, o esta noche... o mañana... alguien te sacará los ojos Y tendrás que ponerte en una esquina a pedir limosna... Adiós, Tomasso!

El gigante se quedó perplejo. Luego avanzó hacia la última ducha, al tiempo que sus compañeros, a los que el entrenador había hablado, entraban también para ducharse.

Tomasso alzó la cortinilla de plástico. Y se quedó sin habla.

Allí, sonriéndole, completamente desnuda, estaba la mujer más hermosa que había visto en su vida.

* * *

—¡Atención! ¡Atención!

La voz de los altavoces, al tiempo que los dos equipos volvían a saltar al campo, hizo que el silencio se extendiera por los graderíos.

—¡Atención! ¡Atención! La directiva del Flamígero lamenta comunicar a sus seguidores que, por una indisposición fulminante, que los servicios médicos no han podido remediar, no se incorporará, en esta segunda parte, el defensa Giuseppe Tomasso.

El alboroto, en los partidarios del Flamígero, fue apoteósico, no lográndose una calma relativa más que cuando el comienzo del juego requirió la atención de todos los presentes.

Pronto se percató todo el mundo de que la victoria del Sottorello estaba definitivamente lograda.

Sin embargo, los hombres del Flamígero se defendieron como leones, aunque, nada más empezar el segundo tiempo, un hombre arrancó gritos de júbilo en amigos y enemigos. Parecía ser el dueño

del terreno. Y lo era, sin la menor duda. Con un virtuosismo que no se había visto nunca, un malabarismo que arrancaba rugidos de entusiasmo, Tonio realizó el mejor partido que los espectadores, los presentes y los de la TV de media Europa, habían visto jamás.

A los cinco minutos de reanudado el juego marcó el segundo tanto; el tercero diez minutos más tarde. Y a partir de entonces, convertido en una gloriosa figura, goleó al guardameta del Flamígero, haciéndole encajar cuatro goles más.

El partido terminó con la victoria del Sottorello por el escalofriante tanteo de siete tantos a uno.

* * *

—Estoy muy contento de ti, consejero.

—*Molte grazie*, Padrone.

—No pierdas ahora el tiempo. Estás citado con mucha gente importante, ¿no?

—Sí. He cogido una *suite* en el hotel Gladiolo. Iré recibiendo a los representantes de los equipos de uno en uno.

—Nosotros regresamos a la villa. Vuelvo a decirte que estoy muy satisfecho de ti, Salvatore.

Fiorello no dijo nada.

Y cuando el Don salió, seguido por sus guardaespaldas, miró tristemente al doctor. Claude Romain sonrió.

—Era tuya, idiota, y la has perdido, ¿verdad?

Fiorello lanzó un triste suspiro.

—Más lo siento yo, *dottore*; pero antes perder una mujer… que perder el cuello…

CAPÍTULO III

La noticia del fabuloso traspaso de Tonio Virelli al Inter-France corrió por el mundo entero como un reguero de pólvora. El equipo francés había pagado la inmensa cantidad de mil millones de liras[1] por el joven jugador del Sottorello.

Una semana más tarde, Tonio tomaba el avión para París, intentó visitar a Françoise, pero el Don no se dignó siquiera contestar a sus insistentes llamadas telefónicas. Los dirigentes del Sottorello y los vecinos del pueblo le miraban de reojo. A su madre le dejó casi la completa cantidad que había recibido como comisión del fabuloso traspaso: diez miserables millones de liras, pero que iban a garantizar la existencia de Virna Mirelli durante bastante tiempo. Era como si Tonio desease dejar en Sottorello, por lo menos, una huella agradable, ya que el resto de la población había adoptado hacia él una actitud fría. Fue, en los cortos días que pasó allí, como si no existiese. Y por eso tenía ganas de irse, de huir, aunque tuvo la suerte de no enfrentarse con Gina, a la que había escrito una carta, explicándole con toda sinceridad que ya no la amaba. Fue quizá la única cosa que su madre no pudo perdonarle. Virna había oído hablar de aquella mujer extranjera que vivía con el Padrone, y no podía concebir que su hijo abandonase a su prometida por una...

En todo aquello pensaba Tonio mientras el avión, que había ido a tomar a Roma, le llevaba hacia un nuevo destino que ni siquiera él hubiese podido adivinar.

* * *

—*Mais... qu'est-ce que tu as*?

¿Que qué le ocurría? ¿Acaso lo sabía él? Tenía, eso sí, una vaga intuición, pero se aferraba, como quién se agarra a un clavo ardiente, a la imposibilidad de que tal cosa pudiera ser cierto.

—Veamos, veamos...

Marcel Moulin, el entrenador del Inter-France, lanzó un profundo suspiro.

—Ya sé que el clima es distinto, muchacho. Tu Sottorello... ¡maldita! Nunca me acuerdo que no sabes francés. ¡Luciano!

El guardameta del Inter-France, de origen italiano, se acercó a ellos. Marcel le habló rápidamente, mientras que el meta asentía con la cabeza; luego Luciano, volviéndose hacia su compatriota, explicó:

—El entrenador no entiende lo que te pasa. Hablándote con toda franqueza, Tino, tampoco ninguno de nosotros entendemos lo que te ocurre. Pero Marcel dice que aunque se ve que sabes jugar, no tienes fondo, te cansas enseguida y disparas a puerta tan flojo, eso lo sé yo mejor que nadie, que un niño de pecho podría parar cada uno de tus chuts.

—Tampoco lo entiendo yo, Luciano.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que sí.

—Marcel está muy preocupado. Tanto que no sabe si alinearte para el partido del próximo domingo. Y eso sería terrible para el club, ya que el público está esperando tu aparición... ¿Lo entiendes?

—Sí.

—El que no jugaras el domingo pasado no tiene importancia. Acabas de llegar de Italia y tenías que adaptarte al equipo. Además, el encuentro era sencillo, y ya viste que ganamos con facilidad, pero el próximo es contra el Saint-Étienne, uno de los conjuntos más duros de Francia.

—Dile a Marcel que haré lo posible, que mi deseo es cumplir y volver a jugar como antes.

Luciano habló al francés, quien dirigió una sonrisa amable a Tonio.

—Marcel dice que basta por hoy. Descansa todo el día, y mañana te encontrarás mejor. Dice, además, que si tienes algún problema, que se lo digas. Entre nosotros, Virelli. Marcel es como un padre, puedes confesarte a él como si fuera un cura.

—*Grazie tante*!

* * *

Había alquilado un apartamento en el distrito 7.°, no muy lejos de la Torre Eiffel. Aunque no era excesivamente lujoso, nunca había soñado vivir así. Pero tampoco había sido tan desgraciado como ahora. Y lo que más le dolía, era «conocer la verdad». Porque sabía perfectamente lo que le estaba ocurriendo. Pasado el efecto de las «estimulinas» que el doctor Romain le había inyectado, su cuerpo sufría las consecuencias de la intoxicación que la droga le había producido. Le faltaban las fuerzas. No tenía los mismos reflejos que antes. Habían destrozado su cuerpo, convirtiéndole en un inútil, en un miserable alfeñique...

Y por si fuera poco, no sabía nada de Françoise. Desde París, disimulando la voz, había llamado una docena de veces a la villa del Padrone, pero quien le contestó le dijo que no había nadie y que el Don y «su séquito» había salido en crucero en el yate del señor.

No guardaba rencor a Gina, que había sido el motivo de que aceptase las órdenes del Don. En aquellos fatídicos días, creía en la mujer de la que estaba enamorado, y no abrió verdaderamente los ojos hasta conocer a Françoise y hasta comprobar, con horror, que la hija de Portorelli, aparentemente modosa y enamorada, no pensaba en realidad más que en el poder y el dinero.

Ahora estaba irremisiblemente perdido.

Hasta el momento, el bueno de Marcel demostró tener una paciencia de santo con el nuevo jugador, cuyo fichaje había costado una verdadera fortuna. Pero el domingo llegaría, faltaban solo cinco días para la fecha decisiva, y Tonio se daba cuenta de que el partido contra el Saint-Étienne sería el primero y el último que jugaría en las filas del Inter-France. ¿Qué ocurriría después? No lo sabía, aunque era muy probable que se armara un escándalo mayúsculo, que lo echasen a patadas del club...

No, no regresaría a Sottorello. Convertido en un paria, se quedaría allí, trabajando en lo que fuera, sin dinero y sin hogar, recibiendo el justo castigo que su ambición, porque había sido ambicioso en determinados momentos, merecía.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta. Pensó que se trataría de Luciano que, de vez en cuando, venía a verle para animarle, aunque Tonio no se atrevió nunca a hablarle del «tratamiento» de aquel criminal médico francés.

Estuvo a punto de no abrir. Deseaba estar solo; solo con su

tristeza y la infinita sensación de fracaso que le embargaba. Pero, finalmente, ante los insistentes timbrazos, se decidió, dirigiéndose hacia la puerta, que abrió con un cierto fastidio.

Se quedó helado, boquiabierto, con los ojos desmesuradamente abiertos, sin conseguir que una sola palabra saliera de su boca.

—Pero ¿es que vas a dejarme en el rellano? ¿No puedo entrar?

Tonio recuperó la facultad de hablar.

—¡Por la *Mandonna*! ¡Pero si es el *signore* Adriano! ¡Pase! ¡Pase!

Estaba loco de alegría. Era como sí, encerrado en una cueva sin aire, alguien acabase de abrir la puerta de par en par. Hizo que el viejo entrenador se sentase en el mejor sillón, sirviéndole inmediatamente una botella de cerveza. Adriano, al ver que el jugador llenaba también su vaso, frunció el ceño.

—No deberlas beber, *bambino*.

Virelli se encogió de hombros.

—Ya no importa nada, *signore* Adriano. ¡Soy un hombre perdido!

El otro le fulminó con la mirada.

—Tienes suerte de que, a pesar de todo, sea más viejo y menos fuerte que tú; si no fuera así, te rompería la nariz de un puñetazo. *Porca miseria*! ¿Es eso todo lo que he conseguido en los años en que fui tu entrenador? ¿Fueron tan malas mis lecciones que ni siquiera han conseguido mantener tu espíritu deportivo?

—Usted no es culpable de nada, la culpa es solo mía y de aquel maldito doctor. Y del Don... y de mi propia cobardía.

—Olvídate de ese puerco del Padrone. No está en Italia.

—Lo sé.

—Lo que no sabes es que la Interpol le está buscando por tráfico de drogas y que, tarde o temprano, le echarán el guante y pasará lo poco que le reste de su puerca vida tras los barrotes de una celda. Por el momento, la policía francesa descubrió el laboratorio de Marsella, donde se preparaba la droga para ser enviada a Estados Unidos... Fui yo quien denunció el caso...

—¿Usted?

—Sí. Puedo ser un viejo tonto, un pobre entrenador de un pequeño equipo de tercera regional, pero supe convertirme en policía... más que nada porque deseaba vengarme y vengarte.

—No lo entiendo.

—Yo estuve en Nápoles, muchacho, perdido entre la multitud

que se agolpaba en los graderíos. Te vi jugar, aunque ya sabía que no eras el mismo. Desde aquel célebre martes, cuando viniste de la villa de Santino, supe que te estaban «dopando».

—Debí imaginármelo.

—También estaba seguro de que si habías admitido las instrucciones de ese maldito Santino, fue por salvar a Gina, la mujer a la que amaba… y que ahora está con él, con el Padrone, a bordo de su yate…

—¡Nooooo!

—Sí. Se ha convertido en la amante de turno del Padrone. Pero olvídala. Esa muchacha estaba corroída por una ambición que terminará siendo su perdición.

—¡Me deja usted boquiabierto! ¡Vaya sorpresa!

Adriano sonrió.

—No es la única, muchacho. Ya te he dicho que me convertí en policía. Casi me gasté la totalidad de mis pobres ahorros, ya que cogí el avión, mientras que esa pandilla de granujas regresaba a Sottorello en sus flamantes coches americanos. Como llegué antes que ellos, pude esconderme cerca de la finca y con unos buenos prismáticos espiar todo lo que allí pasaba.

Tonio bebía materialmente las palabras de Adriano; una pregunta le estaba quemando los labios, pero no se atrevía a interrumpir a Adriano.

—Vi llegar a Gina, en la bicicleta, y un día más tarde salir hacia el yate, en compañía del Don, del consejero y de los guardaespaldas y, ¡asómbrate! uno de ellos era Tomasso, al que acompañaba una rubia despampanante.

—Ivette, la amante del doctor.

—La misma. Ahora entenderás por qué Tomasso no salió en la segunda parte del partido. Debieron darle dinero, ofrecerle el puesto de guardaespaldas y regalarle a la chica, lo que demuestra que lo único que interesaba a esos sinvergüenzas era cobrar el traspaso.

Tonio no pudo más.

—¿Y Françoise?

Adriano sonrió.

—Cada cosa a su tiempo, muchacho. Ya supondrás que yo no tenía medios para seguir al yate, aunque de haberlos tenido,

hubiera comprado un viejo submarino de la guerra, con tal de echar al fondo a todos esos canallas. Pero volví a echar mano de lo poco que me quedaba de mis ahorros y tomé un taxi, siguiendo al coche en el que el médico y Françoise se dirigían hacia la frontera francesa.

—¿Se llevó ese cerdo a la muchacha?

—Sí. Como luego he sabido, Santino deseaba castigarla por haber jugueteado contigo, y ordenó a Romain que se la llevase a Marsella para obligarla a trabajar en uno de los burdeles que la mafia controla en ese puerto francés.

—¡Puerco! ¡Le mataré!

—No te enfurezcas, chico. Ya te he dicho que el viejo Adriano se había convertido en una especie de inspector Maigret. Cuando descubrí el lugar donde ocultaban el laboratorio, Claude fue el primer sitio al que fue, me puse en contacto con la policía francesa, quien ocupó el local, deteniéndolos a todos.

—¿Y... la muchacha?

—Espera un poco, impaciente. Cuando Romain salió del laboratorio con la chica, les seguí en mi taxi, descubriendo la elegante mansión en que vivía aquel sinvergüenza. No me molesté entonces en llamar a la «poli», y penetré en la casa por una ventana. Puede decirse que llegué a tiempo, ya que Claude intentaba divertirse con Françoise...

—¡El muy cerdo!

—No te alarmes. La escena que sorprendí era de lo más divertido, ya que la chica se defendía a golpes y no parecía que el médico pudiera salirse con la suya. Entonces, intervine yo... ¡Si me hubieras visto! ¡La cólera me convirtió en una especie de Supermán! ¡Me lie a tortazo limpio con el matasanos y le derribé de unos cuantos buenos puñetazos!

—¡Bravo!

—Cuando lo tenía K. O. a mis pies, llamé a la «bofia», que no tardó en llegar. Dije que Françoise y yo habíamos descubierto el lugar y que ella venía conmigo desde Italia. Le pusieron las esposas al *dottore* y se lo llevaron.

—¿Y Françoise?

—Está aquí, en París.

—¿Dónde? ¡Quiero verla ahora mismo!

—*Niente*! Un poco de paciencia, chico. Al llegar a París, buscamos un hotel, y dejándola en su cuarto, me dediqué a buscarte. Tuve que, ir al Inter-France, donde me hice pasar por un tío tuyo. Me dieron tu dirección... y aquí me tienes.

—Pero ¿y ella?

—¡Deja tranquila a esa chica! Ella te quiere, de eso puedes estar seguro. Pero no la verás... hasta después del partido contra el Saint-Étienne.

—¿Por qué? Si no voy a jugarlo. No me dejarán alinearme. No valgo para nada.

—Eso es, jovencito, lo que vamos a ver. Todas las mañanas, entrenas con Marcel, ¿no es así?

—Sí.

—Pues seguirás haciéndolo. Y por las tardes, tras un corto descanso y una comida ligera, entrenarás conmigo, en un campo de tierra, en un solar, como en nuestros viejos tiempos.

—No conseguiremos nada.

—Eso depende de las ganas que tengas de ver a Françoise. Voy a decirte algo grave; la chica está convencida, como yo, que has de volver a ser quien eras. Así, que ya lo sabes. O te esfuerzas en volver a encontrar al Virelli de los viejos tiempos, o la chica y yo desapareceremos para siempre de tu vida.

* * *

—¡Vamos, Tonio! ¡Pon toda tu sangre en lo que estás haciendo! ¡A ver ese balón! No es la pelota la que manda, sino tú quien ha de dirigirla... ¡Así va mejor!

Era un régimen de locura.

Por las mañanas, con sus compañeros de equipo, Tonio iba notando una veloz mejoría, complaciéndose al ver la sonrisa de satisfacción que se pintaba en el rostro de Marcel.

Por las tardes, en aquel viejo solar vallado, en las afueras de París, Adriano le exprimía sin piedad, como una esponja, hasta hacerle sudar sangre.

Por las noches, a las ocho, caía en la cama, durmiendo doce horas como un bebé.

* * *

Mediodía del sábado. Último entrenamiento oficial. Llevándose el pito a los labios, Marcel detuvo el juego.

—*Assez, les gars*! Ya es bastante, muchachos... ¡Ven un instante, Virelli!

Tonio se acercó al francés.

—*Oui, monsieur?*

—Ya veo que empiezas a hablar francés, pero no me importa que me entiendas, aunque sé que lo comprendes cada vez mejor. Estoy muy orgulloso de ti. Eres el jugador que pensaba, no el monstruo que vi en Nápoles, pero algo mejor... ¿Sabes una cosa?

—*Oui, monsieur?*

—He recibido la visita de tu viejo entrenador, el señor Adriano. Me lo ha explicado todo. Es un hombre tan maravilloso, que he convencido a la directiva del Inter-France para que lo admita como ayudante mío...

—*Merveilleux!*

—Sí, es algo maravilloso. Descansa esta tarde y vete temprano a la cama. Mañana, amigo mío, será tu gran prueba ante el público francés.

* * *

Con los ojos clavados en el monitor de TV, el locutor de la Radiotelevisión Francesa tenía los ojos fuera de las órbitas, el rostro congestionado y la voz ronca, aunque apenas si había empezado el encuentro.

—¡Atención! Votian, el defensa del Saint-Étienne, rechaza el disparo de Luciano... pero Vertier para el balón con el pecho... Lo pierde... no, consigue driblar a Murlain... y pasa en corto a Virelli... Virelli avanza... evita a Luclier... engaña a Thomas... sigue avanzando... El público se pone en pie... Dos jugadores contrarios le salen al paso... Tonio detiene el balón, hace que va a pasar, engaña a sus adversarios... ¡y se cuela entre ellos...! Se ha ido hacia la derecha, va a pasar a Luciano, el extremo... pero no... gira sobre sí mismo, como una peonza... y sin detenerse... empalma un formidable disparo que Duvivier no puede parar... ¡Gol, gol, gol! El

Inter-Francia acaba de marcar su primer tanto… Una jugada maravillosa, señores… ma ra vi llo sa… excepcional… Ese nuevo jugador es un verdadero malabarista…

Diez minutos más tarde, tras un feroz acoso del Saint-Étienne, el portero del Inter-Francia conseguía, en última instancia, desviar la pelota a córner.

El comentarista de la TV francesa sudaba profusamente.

—¡Atención! Todo el Saint-Étienne se ha concentrado ante la puerta contraria. Solo los defensas se mantienen, vigilantes, en el medio campo… Se puede decir, señores que se está oliendo el gol del empate… Tonio está junto a la puerta… el portero se ha pegado a la cepa… Vertier, uno de los mejores del Saint-Étienne, va a lanzar el córner… lo hace… abierto magistralmente dirigido a los pies de su delantero centro Remoudier… Este dispara un verdadero cañonazo… el portero del Inter-Francia no puede intervenir y la pelota va directamente a las ma… ¡No! ¡Formidable! Virelli se ha lanzado en plancha, despejando bajo los largueros, la pelota que ya iba a colarse…

Una pausa.

—No creo que puedan oírme… El rugido de la gente es ensordecedor… Se saca del centro… Virelli pasa a Luciano, este le devuelve el esférico… y el maravilloso Tonio avanza, completamente solo, burlando a uno… a dos… a tres… a cuatro contrarios… ¡Es increíble! Se acerca a la meta… El portero se lanza a sus pies, pero Tonio hace una finta… Y sigue avanzando… Se levanta el guardameta, corriendo para placar al delantero… Pero Virelli se limita a empujar la pelota que penetra dulcemente, como al ralentí, bajo el marco contrario… ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol!

* * *

—Faltan dos minutos para terminar el partido. El Inter-France gana por dos a cero. Avanza de nuevo Luciano, que es derribado por Mourier. El árbitro pita falta, concediendo al Inter-France un tiro directo. Tonio no va a hacerlo… y es una lástima… Lo tira el propio Luciano… bombeándolo… Saltan Louvier y Renoir… Este consigue lanzar el esférico hacia Tonio… ¡Gol! ¡Qué disparo, amigos míos! El portero enemigo no ha conseguido ni ver la pelota… ¡Gol!

¡Gol!

E instantes más tarde:

—Se pita el final de este extraordinario encuentro. Podemos decir que el traspaso de Tonio Virelli ha sido la mejor operación que el Inter-France ha conseguido en su vida.

EPÍLOGO

El coche, un espléndido Mercedes último modelo, penetró por la única calle de la pequeña localidad de Sottorello. Todas las ventanas estaban adornadas con banderas y la gente se agolpaba en las aceras.

Pero el vehículo no se detuvo más que al llegar ante la humilde casa en la que vivía Virna Virelli.

La puerta estaba abierta, pero la mujer estaba en el interior de la mansión.

Tonio bajó del coche, antes que el chófer abriera la portezuela. Detrás de él, descendió Françoise con un bebé de un año en los brazos. Del otro asiento delantero descendió Adriano, sonriente, con un gran puro entre los labios.

La mujer estaba dentro, llorando en silencio.

Al ver a Tonio, se lanzó a sus brazos, gimoteando, con la cabeza en el pecho de su hijo. Virelli besó aquel rostro arrugado, humedecido por las lágrimas.

—*Mamma*… Mira, mi mujer y mi hijo… tu nieto.

Virna avanzó tímidamente hacia Françoise, tendiendo las manos. La francesa le entregó al bebé, que la mujer miró mientras las lágrimas, ahora de felicidad, corrían libremente por sus ajadas mejillas.

Fuera de la casa, Adriano hablaba con la multitud que se había agolpado en la calle.

—Paciencia, amigos. El campeón ofrece a todos los habitantes del pueblo una comida que celebraremos, esta tarde, en nuestro viejo y querido campo…

Vio entonces, entre los que le escuchaban, el rostro ensombrecido del boticario.

—¡Amigo Portorelli! ¡Venga usted, hombre, un abrazo!

Enrico lloraba también, moviendo la cabeza de un lado para otro.

—¿Cómo va el club? —inquirió el viejo entrenador.

—Como siempre. Hemos vuelto a descender a tercera regional.

—No hay que preocuparse. Tonio tiene grandes proyectos. Vamos a ayudar económicamente al Sottorello y puesto que la Liga ha terminado en Francia, donde hemos quedado campeones, pasaremos aquí unas largas vacaciones, preparando al Sottorello… ¡y le haremos ascender de nuevo!

—Es maravilloso…

Adriano dudó unos instantes, antes de decidirse a preguntar:

—¿Y Gina?

—En casa. Estuvo seis meses en prisión, pero la pusieron en libertad. El Padrone y su banda están en Roma, en la cárcel…

—Olvidemos todo eso, don Enrico. Volveremos a sonreír como antes. Y demostraremos a la nueva cantera del pueblo que el verdadero deportista no tiene más que una droga para «doparse» y conseguir triunfar: ¡su amor al deporte, su honradez profesional… y su entusiasmo!

La gente prorrumpió en gritos de entusiasmo.

—¡Viva el *signore* Adriano!

—¡Viva el Sottorello!

—¡Viva Tonio Virelli!

FIN



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN

[1] **Aproximadamente, unos cien millones de pesetas.**